ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMÁTICA.

4480

LA EXPULSION

DE LOS

MORISCOS,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON JOSÉ DE VELILLA Y RODRIGUEZ.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1873.

24

LA EXPULSION DE LOS MORISCOS.

LA EXPULSION DE LOS MORISCOS,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON JOSÉ DE VELILLA Y RODRIGUEZ.

Estrenado en el Teatro del Circo de Madrid el 10 de Enero de 1873, y en el Gran Teatro de Cádiz el 21 de Octubre de 1871, con extraordinario éxito.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSE RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1873.

PERSONAJES.	ACTORES.	
	MADRID.	CÁDIZ.
ISABEL.....	STA. CASTRO.	STA. CASTRO.
TEODORA.....	SRA. DANSANT.	SRA. MORAL.
DIEGO ALCACER.....	SR. DELGADO.	SR. DELGADO.
FRANCISCO MOLINA.....	CASAÑER.	IZQUIERDO.
D. JUAN DE BLANES....	CALVO.	MELA.
D. VICENTE TORRELLAS.	OLTRA.	MONTIJANO.
D. PEDRO DE LEIVA....	ROMEA (D J.)	LEON.
FERNANDO ALAMIN.... .	CABALLERO.	PERIÉ.

Moriscos, soldados y gentes del pueblo de ambos sexos.

La accion pasa en Valencia y sus alrededores.
Año 1609.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de D. EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

SEÑOR DON JOSÉ DE VELILLA Y PONS.

Querido padre mio: Admite la dedicatoria de mi primer drama estrenado en Madrid: perdona la pequeñez de la ofrenda, y no midas por ella mi cariño, que es inmenso el que te profesa tu hijo.

José.

678087

ACTO PRIMERO.

Plaza pública de Valencia.—La mitad izquierda del foro está ocupada por una iglesia de arquitectura gótica, cuya torre, con su campanario, forma esquina con una encrucijada de calles estrechas y tortuosas, que arrancan de la mitad derecha del foro y se pierden de vista.—Las puertas de la iglesia se hallarán abiertas y tambien los postigos del cancel, viéndose el átrio y divisándose el principio de las naves laterales, iluminadas débilmente por el resplandor de las luces interiores.—Á la derecha de la entrada de la iglesia, situado á la altura conveniente, en un hueco del muro, habrá un retablo representando las benditas ánimas del purgatorio, alumbrado por dos farolillos.—El costado izquierdo de la plaza, compuesto de casas irregulares, está cortado por tres calles; una en primer término, otra, que sale frente á la casa de Torrellas, unidas sus esquinas, superiormente, por un arco, y la tercera, que desemboca junto á la iglesia, cuyo muro, prolongándose, forma su línea derecha.—En la mediacion del costado derecho estará la casa de Torrellas, grande, de piedra, con dos columnas, una á cada lado de la puerta, sosteniendo el balcon, volado, bajo el cual se verá esculpido un escudo de armas: la parte izquierda de la casa hace esquina con una calle que se pierde de vista en direccion oblícua.—El costado derecho de la plaza termina confundiéndose en la encrucijada de calles de la derecha del foro. —Al levantarse el telon está acabando la tarde.—Se mira desaparecer por la encrucijada, la procesion de frailes, nobles y soldados, con banderas y pendones, que promulga el edicto de expulsion de los moriscos; la sigue una inmensa

multitud de ambos sexos, que se divide y despeja lentamente la escena, marchándose en distintas direcciones.—Del último grupo se separan Torrellas y Blanes, y hablando, poco á poco, bajan al proscenio.

ESCENA PRIMERA.

TORRELLAS, BLANES.

TOR. Ya lo veis, amigo Blanes;
todo el pueblo de Valencia,
regocijado y alegre,
aplaude el bando que ordena
la expulsion de los moriscos
de este reino.

BLANES. (Tristemente.) Sí, Torrellas.

TOR. Resolucion tan heróica,
debida al duque de Lerma
y al gran Felipe Tercero, (Se descubren.)
que Dios guarde, quede impresa
en bronces, que del suceso
conserven memoria eterna. (Pausa corta.)
¿Qué me decís?

BLANES. Yo deploro
la expulsion que se decreta.
Me causa lástima grande
mirar que una raza entera
de la patria que ha nacido
para siempre se destierra.

TOR. ¿No recordais que esa raza,
de quien haceis la defensa,
en el turbio Guadalete
á España venció soberbia?
Para quebrantar el yugo
de su esclavitud horrenda,
España vertió su sangre
en ochos siglos de guerras.
Vencida está ya esa raza,
no habrá piedad para ella,

y pues del África vino (Con energía.)
que al África otra vez vuelva.

BLANES. Mas, cuando vino, adoraba
la falsa ley del profeta,
y hoy, don Vicente, de Cristo
la ley sagrada profesa.
Españoles cual nosotros
son los moriscos.

TOR. Por fuerza,
de la Inquisicion huyendo
las severísimas penas,
nuestra fé santa abrazaron.
Creedme. No fué sincéra
su conversion: todavía
guardan sus viles creencias
en secreto... ¡los herejes!
y se burlan de las nuestras.

BLANES. Si á la fé los convirtieron
por medio de la violencia,
del temor, de los castigos,
¿qué mucho que no la crean?
¿Por qué, en vez de amenazarlos
con el destierro y la hoguera,
no les dieron sacerdotes
que en la fé los instruyeran?
¿Quién, quién subió á las montañas,
quién descendió á las aldeas
con la luz del Evangelio
á disipar las tinieblas
del error, en que vivian
los moriscos?... Nadie.

TOR. Empresa
tan meritoria á su cargo
tomó don Juan de Rivera,
nuestro arzobispo. Fué vana
su piadosa diligencia.
Y hoy la expulsion pretendida
á cabo, por fin, se lleva
como lo manda en su edicto
el marqués de Caracena.

BLANES. Contra ese fatal decreto
representó la nobleza

valenciana al rey Felipe,
los daños que á las haciendas
en este reino vendrian;
los moriscos nos sustentan,
habitan nuestros lugares
y cultivan nuestras tierras.
Defendieron nuestra causa
cuando las gentes plebeyas
formaron las Germanías
contra los nobles... Ni Lerma
ni el rey Felipe atendieron
razones, que tanto pesan
en favor de los moriscos,
y al destierro los condenan.

TOR. Ellos tienen con el Turco
misteriosa inteligencia,
y tambien con los piratas
que á nuestras costas se acercan,
y desembarcan audaces
y cautivan las doncellas,
destruyen los santuarios,
matan, roban y saquean...
Y luégo de Argel ó Túnez
toman rumbo sus galeras,
y allí en público mercado
venden ufanos la presa.
No lo dudeis; los moriscos
ayuda y favor les prestan,
y de argelinos y turcos
socorro quizás esperan
para proclamar un dia
la libertad con que sueñan.
No, que se expulsen del reino (Con ira.)
y cosa tal no suceda.
En tanto que la herejía
en Alemania prospera,
y se extienden los inícuos
sectarios de la protesta,
probemos así que amamos
la religion verdadera.

BLANES. Las razones que habeis dicho
á convencerme no aciertan,

porque ese amor debería
probarse de otra manera.
Pero, en fin, la decision (Resignado.)
del monarca ha sido esa,
y como nobles nos toca
humildes obedecerla.

TOR. Y cumplirla. Se asegura
que los moriscos se inquietan,
que preparan atrevidos
una tenaz resistencia...

BLANES. (¡Desventurados!)

TOR. Y entónces,
si la rebelion es cierta,
volarémos al combate
y... haga Dios que en él perezca
toda esa raza maldita!

BLANES. La victoria será nuestra
sin duda.

(En este momento suena el toque de oraciones en el campanario de la iglesia: luégo se oyen otros lejanos que figuran corresponder á distintas iglesias de la ciudad.—Torrellas y Blanes se descubren por algunos momentos.—Pausa.—Desde ahora, hasta el fin de la escena, salen, de cuando en cuando, por todas las boca-calles, hombres y mujeres que entran en el templo.)

TOR. Las oraciones
dan en la vecina iglesia
de ese convento, nombrado
Santa María Magdalena.
Ya ha anochecido y mi hija
me aguarda con impaciencia
para ir á ese templo, donde
descansa su madre muerta.

BLANES. Por hermosa es alabada (Con melancolía.)
doña Isabel de Torrellas;
llamáranla rigorosa,
y así la verdad dijeran.
Dos años ha que la sirvo,
teniendo vuestra licencia,
y sólo alcancé desdenes;
ni una esperanza siquiera.

Al tiempo que más me abraso
parece que más se hiela.
Tal vez un amor oculto
su voluntad enagena,
y yo adorándola sigo
cuando quizás me aborrezca.

TOR. Deudo sois vos del virey,
sois el señor de Valterra,
y ella estíma, en cuanto vale,
á un noble de tantas prendas.
Os he dado mi palabra
de que Isabel será vuestra,
y he de cumplirla.

BLANES. Yo quiero
su amor, sí, no su obediencia.
Si al entregarme su mano
el corazon no me entrega,
la palabra que me dísteis
os devuelvo.

TOR. Blanes, sea
como querais.

BLANES. Dispensadme
que tanto aquí os detuviera
cuando Isabel os aguarda.

TOR. ¿Quereis con vuestra presencia
honrar mi casa?

BLANES. Os haré
compañía hasta la puerta.
(Se dirigen á la casa de Torrellas á tiempo que salen de la misma Isabel y Teodora envueltas en largos mantos negros. Dicen los dos primeros versos estando todavía dentro del zaguan.)

ESCENA II.

DICHOS, ISABEL, TEODORA.

ISABEL. Vamos, Teodora.

TEOD. Ya es tarde
y don Vicente no llega... (Salen.)
Vedle aquí.

(Reúnense formando grupo.—Blanes saluda á Isabel, que le corresponde con una inclinacion ligera de cabeza.)

ISABEL. Padre y señor,
vuestra prolongada ausencia
recelosa me tenía.

TOR. ¿Por tardanza tan pequeña
te alterabas?

ISABEL. Mal os quieren
los moriscos de Valencia,
porque sois el duro azote
de su corrompida secta.

TOR. ¡Recelos imaginarios!

TEOD. No, señor.

TOR. Hija, no temas.
Son cobardes y una espada
los asusta y amedrenta.

ISABEL. Los cobardes son traidores
y entre las sombras acechan:
la traicion tiene puñales
que herir en silencio puedan.

TOR. Me acompañaba don Juan
de Blanes...

BLANES. Que, en vano, intenta
agradaros.

ISABEL. (¡Ay, Teodora!)

BLANES. Buscó el sol de la belleza
mi pensamiento atrevido,
y el sol sus luces me niega:
le ofendió mi atrevimiento,
y me abrasa y me desprecia.

ISABEL. De vuestro ingenio son propias
razones tan lisonjeras.
Estimo vuestras palabras
y duélenme vuestras quejas.

TOR. (Ya veis, don Juan: no hay motivo
para temer...

BLANES. Dios lo quiera.)
(Siguen hablando aparte.)

ISABEL. (Teodora, en vano procuro
disimular... ¡Si supieran
que amo á don Diego!

TEOD. ¡Imposible!
Nadie en la ciudad sospecha...)
TOR. Hora es de entrar en el templo.
Vamos, hija.
ISABEL. Vamos.
BLANES. ¡Leiva!

ESCENA III.

DICHOS, LEIVA. Sale por la izquierda del foro, mitad derecha, va á entrar en la casa de Torrellas, divisa á éste en la plaza y se dirige á él.

LEIVA. Á vuestra casa venia
á buscaros con urgencia
de órden del virey.
TOR. ¿Acaso
los moriscos se rebelan,
capitan?
LEIVA. Nuestro virey
me ha mandado, con gran priesa,
citar á todos los nobles
á su palacio. En él queda
con don Agustin Mejía,
que es general de experiencia,
con don Gaspar Escolano,
el cronista, con fray Bleda
y el marqués de Santa Cruz,
que de Nápoles viniera,
cuyas naves y milicias
guardan el puerto de Dénia.
Espérase al Patriarca;
al maestre de Montesa,
á vos y á don Juan de Blanes,
que tanto el virey aprecia.
BLANES. Explicadme...
LEIVA. Los moriscos
las calles y plazas llenan,
y van reuniéndose en grupos
que el bando del rey comentan.
Y el virey quiere en consejo
adoptar las providencias

que eviten alteraciones
ó, cuando ménos, las venzan.
Venid, pués.

TOR. Al punto os sigo.

BLANES. Iré con vos.

TOR. Hija, apenas
tus oraciones termines,
recógete en casa y cierra.
Haz que velen los criados
con armas hasta que venga
yo del palacio.

ISABEL. Intranquila
me tienen ya tales nuevas.

TOR. Adios, hija...

BLANES. Isabel...

ISABEL. Blanes...

LEIVA. Señora...

(Vánse Torrellas, Leiva y Blanes por la izquierda del foro.)

TEOD. ¡Por fin nos dejan!

ESCENA IV.

ISABEL, TEODORA.

TEOD. ¡Gracias á Dios!... Y don Juan
de Blanes, que compasiva
os busca, os encuentra esquiva
siempre, Isabel... ¡Y es galan,
bizarro, apuesto!...

ISABEL. Teodora,
calla.

TEOD. Mi señor desea
que esposo de su hija sea,
pero llegó en mala hora.
Vos le escuchais con rigor,
y no atendeis á su ruego,
porque amais sólo á don Diego
Almunia...

ISABEL. ¡Diego!... El traidor,
que, con mágica elocuencia,
rindió mi pecho, invencible

hasta entónces... No es posible
que justifique su ausencia.

TEOD. Muchos dias hace ya
que en Valencia no le ven.

ISABEL. ¿Si no estará en ella?

TEOD. ¿Quién
averigüa dónde está?
Yo, Isabel, que os he criado
y que os amo muy de veras,
procuré de mil maneras
libraros de ese cuidado.
Y por un hermano lego
de la Merced, que en su oficio
de huronear no es novicio,
hice buscar á don Diego.
Fué el hermano de uno en uno
preguntando con prudencia
y halló... que en toda Valencia (Con asombro.)
no le conoce ninguno.
Algun misterio, Isabel,
encubre esa oscuridad,
cuando en toda la ciudad
no hay nadie que sepa de él.

ISABEL. Su accion infame y traidora
(Con sentimiento.)
tan ofendida me tiene,
que, si á verme otra vez viene,
le despreciaré, Teodora.

TEOD. Bien hecho.

ISABEL. Yo solia ver
todas las noches á Diego:
faltó una noche, otra luégo...
y no le miro volver.
Pero aquí nos detenemos,
y si mi padre viniera...

TEOD. El convento nos espera.

ISABEL. Entremos, Teodora.

TEOD. Entremos.

ESCENA V.

MOLINA, ALAMIN y un grupo de MORISCOS (1). Salen por la segunda calle del costado izquierdo, frente á la casa de TORRELLAS. Procúrese dar á esta escena un tinte sombrío y misterioso.

MOL. ¡Seguidme!
ALAMIN. Contigo vamos.
MOL. (Con furor reconcentrado y terrible.)
¡Mirad!... Aquella es la casa
de don Vicente Torrellas,
nuestro enemigo... ¡Miradla!
MORS. (Con acento de odio y muy bajo.)
¡Torrellas!
MOL. Quizás, ahora,
reposa en tranquila estancia,
mientras vertemos nosotros
llanto que sale del alma.
¡Ah!... Nosotros, los moriscos,
que ya no tenemos patria,
perseguidos, afrentados,
por la cólera cristiana,
que al hogar y á la familia
sin compasion nos arranca,
nosotros, tomar debemos
terrible y pronta venganza.
¿No es cierto?
MORS. ¡Sí, sí!
ALAMIN. Prosigue.
MOL. ¿Y la quereis?
ALAMIN. Habla... Habla.
MOL. Acercaos... que nadie pueda
sorprender una palabra.
(Los moriscos, dando señales de agitacion, rodean á Molina, formando un semicírculo.)
Torrellas, como sabeis,
aborrece nuestra raza:

---

(1) Todos los moriscos deben vestir á la usanza española.

al rey Felipe Tercero
pidió, con vivas instancias,
la expulsion de los moriscos
de Valencia, de Granada,
de Aragon, de Andalucía,
de cuantos hay en España.
La sentencia de destierro
(Con ira y amargura.)
hoy ha sido publicada.

ALAMIN. En vano Diego Alcacer
fué á Madrid, con esperanzas
de lograr que el fiero edicto
de expulsion se revocára.
En vano. El débil Felipe,
la Inquisicion sanguinaria
y el de Lerma, que en un tiempo
nos causó amarguras tantas,
siendo virey de Valencia,
y hoy de enriquecerse trata
expulsándonos, se oponen
á toda medida sábia;
inspirándose en sus odios
á extraño suelo nos mandan.
Diego Alcacer aún no ha vuelto
de Madrid...

MOL. Mucho se tarda. (Pausa.)
Hermanos, contra el edicto
quedan recursos... Las armas!
(Profunda sensacion entre los moriscos.)

ALAMIN. ¿Y Torrellas?

MOL. Morirá
víctima de nuestra rabia.
Escuchadme... Yo, mil veces,
le he visto en las Alpujarras,
de sangre de los moriscos
llevando tinta la espada.
(Con acento sombrío y doloroso.)
La villa de la Galera
entró con don Juan de Austria:
allí murieron mi esposa,
mis hijos... ¡Cuanto yo amaba!

ALAMIN. ¡Qué horror!

MOL. Á Valencia vine,
la rebelion sofocada,
y en ella ví al enemigo
que nos aflige y maltrata.
¿Nos vengaremos?

ALAMIN. Molina,
no digas más. Sin tardanza.

MOL. Alamin, dando la vuelta
por esa calle cercana
(Señala la de la derecha.)
del jardin de don Vicente
Torrellas verás las tapias.
Con precaucion y silencio
es necesario asaltarlas.

ALAMIN. Lo haré, lo haré. (Con energía.)

MOL. En tí confio.

ALAMIN. Gente buena me acompaña.

MOL. Quede Torrellas bien muerto.
Tú, Alamin, de ello te encargas,
que á mí, á la puerta de Cuarte,
otros deberes me llaman.

ALAMIN. ¿Esperas?...

MOL. Los emisarios
de Val de Ayora y de Játiva,
de Alahuar, de Guadaleste,
de Córtes, y de Moncada,
que resisten el decreto
y á la guerra se preparan.
(Continuan hablando bajo sin apercibirse de que entra Alcacer.)

ESCENA VI.

DICHOS, ALCACER. Sale por la derecha del foro, mirando á la casa de Torrellas, luego divisa á los moriscos y se dirige á ellos.

ALC. ¡Llegué á Valencia por fin!
Despues de mi ausencia impía,
vengo á verte, Isabel mia...
Pero... ¡Molina!... ¡Alamin ! (Llamándolos.)
(Todos rodean a D. Diego.)

MOL. ¡Diego!
ALC. Yo soy.
ALAMIN. ¡Alcacer!
ALC. Ahora acabo de llegar...
MOL. Te volviste sin lograr...
ALC. ¡Si al rey no he podido ver!
Fuí á la Córte enviado
por vosotros: mi embajada
de nadie ha sido escuchada,
y vuelvo desesperado.
ALAMIN. ¡Ah, no tienen compasion!
ALC. Ya toda esperanza es loca.
El monarca no revoca
el edicto de expulsion.
MOL. En término de tres dias
nos manda salir de España,
Diego, más el rey se engaña.
No será.
ALC. ¿Te atreverías?...
MOL. Nosotros, sin resistir,
como mujeres llorando,
¿cumpliremos ese bando
que nos obliga á partir?
Nó.
ALC. Tienes razon, Molina. (Con tristeza.)
El rey Felipe Tercero
procura del reino entero
la perdicion y ruina.
Sin duda un genio fatal
de perseguirle no deja,
é insensato le aconseja
para el suyo y nuestro mal.
MOL. ¡Es Lerma!
ALC. Lerma. El monarca,
que quiere nuestro esterminio,
cuyo orgulloso dominio
la extension del mundo abarca,
se vió en desdicha tan cierta,
en tal pobreza se halló,
que, para el rey, se pidió (Con desprecio.)
limosna de puerta en puerta.
De aquella afliccion pasada

acordarse debería,
y España no temería
verse yerma y desolada.

ALAMIN. Recia tormenta se mueve
de los moriscos en daño.

MOL. Es año infeliz el año
de mil y seiscientos nueve.

ALC. La horrible persecucion
que hace un siglo padecemos,
hoy coronada la vemos
con la injusta proscripcion.

MOL. Y se añade á esas tristezas
el bando que lamentamos,
pues dice que ni áun podamos
llevarnos nuestras riquezas.
Que si fuera del lugar
en el edicto marcado,
siendo el término pasado,
nos llegasen á encontrar,
impunemente cualquiera
nos robe y prenda y dé muerte...
(Con el furor de la desesperacion.)
¡Diego, Diego... de esta suerte
sólo se trata á una fiera!

ALAMIN. Nuestras esposas cristianas
en el reino quedarán...

MOL. ¡Cuántos seres llorarán
medidas tan inhumanas!

ALAMIN. Dí... ¿No tienen corazon
los hombres que las ordenan
y de pesares nos llenan?

MOL. ¿Hombres cual nosotros son?

ALC. ¿Qué os podré yo contestar?
Harto, Molina, dijiste...
¿Qué os diré yo?... ¿Cuándo un triste
á otro pudo consolar?

MOL. Alivio á nuestras querellas
en la venganza hallaremos.
Esta noche la tendremos
de don Vicente Torrellas.

ALC. (¡Isabel!)

MOL. Él deseaba

la expulsion, la pretendía...
Alcacer, en este dia
todo su anhelo alcanzaba...

ALC. ¿Y matándole pensais
vengaros?

ALAMIN. Sí, Diego.

MOL. Sí.

ALC. No, Molina... ¿Obrando así
el decreto revocais?
¿Vais, matándole, á vencer
nuestro destino contrario?...
Sólo cuando es necesario
la sangre se ha de verter.
Resiste á esa mala idea.

MOL. (Nunca... Nó...)

ALC. Yo te lo ruego.

MOL. ¿Tú quieres que viva, Diego?

ALC. Lo quiero. (Imperiosamente.)

MOL. ¿Lo quieres?... Sea.
(Hace una seña negativa á Alamin, que la comprende.)

ALAMIN. Adios, Alcacer... Ya es tarde,
y si aquí nos ven hablar...

ALC. Sí, ya os debeis retirar,
hermanos... Que Dios os guarde.
(Los moriscos se van por la calle de la derecha, obedeciendo á una señal de Alamin. Éste es detenido por Molina en la esquina misma de la calle.)

MOL. (Cuida, Alamin, cuida mucho
de que el golpe...

ALAMIN. Será cierto.
Puedes contarle por muerto.) (Váse.)

MOL. Tengo que hablarte. (Á Alcacer.)

ALC. Te escucho.

ESCENA VII.

MOLINA, ALCACER.

MOL. Ya lo ves, ya lo ves... Hoy el destino
con rigor implacable nos abruma.
Del mar venciendo la salobre espuma

pronto las naves se abrirán camino,
Diego; y cruzando las movibles olas,
desoyendo mil voces lastimeras,
nos dejarán en playas extranjeras,
muy lejos de las costas españolas.

ALC. ¡Y suspensos y atónitos miramos
tanta desolacion, tanta ruina!

MOL. ¡Y hemos de obedecer! (Con desesperacion.)

ALC. Quizás, Molina,
culpas de nuestros padres expiamos.
¡Hora de maldicion, hora menguada
fué aquella en que Valencia sin fortuna,
con espanto rindió su media luna
de don Jaime primero ante la espada!
En sus muros la insignia vencedora
miró Sevilla del tercer Fernando,
y la gentil Granada vió llorando
á Isabel de Castilla triunfadora.

MOL. Respetar nuestra ley nos prometieron,
nuestras costumbres, pero en vano todo.
Siempre, Diego Alcacer, hallaron modo
de no cumplir jamás lo que ofrecieron.
Reinó el emperador. Con dura saña
nos mandó en su terrible fanatismo,
ó recibir el agua del bautismo
ó para siempre abandonar á España.
La sierra de Espadan fué sepultura
de aquellos que á su fe no renunciaron:
por fuerza los vencidos abrazaron
la nueva ley, con rabia y amargura.
Oprimió con extrañas servidumbres
el segundo Felipe á los vencidos,
y les prohibió sus baños, sus vestidos,
el idioma, los usos y costumbres.
La Inquisicion su furia desmedida
apura con nosotros... Nos infaman...
Cristianos nuevos, por baldon, nos llaman.
¿Se puede así vivir?... ¿Es esto vida?

ALC. ¿Tú lo preguntas?... ¡Ah! ¿Los que vivimos
arrastrando, Molina, las cadenas
de esclavitud horrible, en nuestras venas
arder la sangre antigua no sentimos?

MOL. (Acercándose más á Alcacer y con misterio.)
Yo no me he convertido... Todavía
guardo la ley sagrada de Mahoma.
ALC. Á Cristo adoro yo.
MOL. Nadie me doma.
De nuestra redencion espero el dia.
Sacude su letargo nuestra raza:
en Córtes, en Bicorb, en Bocairente
se va reuniendo la morisca gente
que el bando inicuo de expulsion rechaza.
ALC. Y correrá á morir... Ya no hay caminos
de salvacion, Molina... Se extinguieron
la fe, el valor... Las Alpujarras vieron
el fin de los moriscos granadinos.
Sirvió de escarnio á multitud plebeya,
en la puerta del Rastro de Granada
la sangrienta cabeza allí clavada
del triste sucesor de Aben-Humeya.
Nos aguarda tal vez la misma suerte...
Mas... ¿qué importa?
MOL. ¿Te encuentras decidido?
ALC. No volver á la patria en que he nacido
es, Molina, otro género de muerte.
MOL. Á la sangrienta lucha se disponen (Muy bajo.)
el bravo Turigó, los esforzados
Millini, Amira, Ubécar... Denodados,
no cejar, sino muertos, se proponen.
Y tú, Diego Alcacer, tú, descendiente
del último rey moro de Valencia,
ánimo les darás con tu presencia.
ALC. Con mi ejemplo tambien.
MOL. Eres valiente.
ALC. Y dí, Molina... ¿por ventura, tratas
con quien nos dé favor?
MOL. Mientras en tierra
á Felipe Tercero haceis la guerra,
yo se la haré en el mar con los piratas.
Y cuando llegue al otomano imperio
al turco pediré favor y ayuda,
para vencer en la contienda ruda
y sacudir el torpe cautiverio.
Una nave de Argél está escondida

en la costa...

ALC. Y en ella...

MOL. En ella, Diego,
de España partiré.

ALC. ¿Muy pronto?

MOL. Luégo,
cuando medie esta noche aborrecida.
Á la puerta de Cuarte voy ahora
y me dirán el dia señalado
para la rebelion... ¡Si habrá sonado
de la venganza la tremenda hora!

ALC. Tú me lo avisarás, para que pueda
saberlo yo al instante, y de esa suerte...

MOL. ¿Dónde te busco?

ALC. Aquí.

MOL. Volveré á verte.

ALC. Adios, Molina.

MOL. Diego, adios te queda.

(Váse por la derecha del foro.)

ESCENA VIII.

ALCACER, luégo BLANES.

ALC. Isabel... ¡Si averiguáras
que, con un nombre fingido,
la ventura he conseguido
de amarte y de que me amáras!...
Tú, tan noble, tan altiva,
me aborrecieras, quizás,
al saber... Nunca... Jamás
lo sepas mientras yo viva.

(Queda Alcacer meditabundo, á la derecha, fijo en la casa de Torrellas, sin apercibirse de que por el foro entra Blanes. Éste no le ve tampoco y se dirige á la puerta de la iglesia. Durante esta escena cada uno habla para sí.)

BLANES. No me engañé... Aun no han cerrado
la iglesia... Quiero esperarla
á la salida y rogarla
que dé fin á mi cuidado.

(Llega á la puerta de la iglesia, se detiene y mir

de cuando en cuando al interior por los postigos del cancel, como para descubrir una persona entre la gente que llena el templo.)

ALC. Y pensar que está cercana
la hora en que acaso muera...
Verla por la vez postrera...
Dejar á mi madre anciana...
Á nadie veo... ¿Se hallará
mi dulce prenda ofendida?...
No le avisé mi partida...
¿Dónde Isabel estará?

BLANES. (Mirando por un postigo del cancel.)
Allí está, allí... Oracion pura
dice con labio sencillo,
y de las luces al brillo
resplandece su hermosura.

ALC. (Reparando en Blanes, que no deja de mirar al interior de la iglesia.)
¡Aquel hombre!... ¿Qué hace allí? (Pausa.)

BLANES. Terminan las oraciones...
Apáganse los blandones...
(Comienzan á disminuir los resplandores que iluminan el átrio. Van saliendo de la iglesia, poco á poco, hombres y mujeres, que se marchan en distintas direcciones.—Blanes continúa á la puerta, esperando, hasta que llegan Isabel y Teodora, que deben salir de las últimas.—Alcacer observa tambien desde la derecha, sin aproximarse al templo.)
Ya salen. (Viendo á Isabel y á Teodora en el átrio.)
(Isabel, seguida de su dueña, pasa junto al retablo, cuyos farolillos iluminan su rostro.—Alcacer la conoce: va á dirigirse á ella y ve que Blanes se adelanta á saludarla; entónces se retira á la derecha, pero cerca del foro, procurando oir cuanto hablen los demas personajes que bajan al proscenio.)

ALC. ¡Ella!... ¡Ay de mí!
(La iglesia queda desocupada y oscura. Ciérranse sus puertas.)

ESCENA IX.

DICHOS, ISABEL, TEODORA.

BLANES. Señora...
TEOD. (Á Isabel.) ¡Blanes!
ISABEL. Don Juan...
BLANES. Perdonad, dulce enemiga,
que así vuestros pasos siga.
Soy acero y vos iman.
ISABEL. ¿Y mi padre?
BLANES. Se ha quedado
del virey en el consejo.
Allí á la nobleza dejo.
Yo me salí contrariado.
ALC. (¿Qué dice?)
BLANES. Vuestro rigor
cada dia se acrecienta,
y al mismo compás aumenta
mi desesperado amor.
Su fuego en mi pecho arde
sin esperanza ninguna.
ISABEL. Pero don Juan...
BLANES. Dadme una.
TEOD. Doña Isabel, que ya es tarde.
BLANES. El alma así consolada,
en vos vivirá, Isabel.
ALC. (Ese hombre...)
BLANES. ¡Dichoso aquel
que os mereció una mirada!
(Habla bajo con Isabel y Teodora.)
ALC. (Él cuenta de una pasion
los afanes, los desvelos...
Y yo siento.., ¿Serán celos
lo que siento?... ¡Celos son!)
ISABEL. Agradecimiento en mí
siempre tendreis... y si fuera
posible, esperanza os diera...
(En este momento ve á Alcacer, que habrá venido muy despacio á colocarse detrás de Blanes, con los brazos cruzados, y la está mirando sarcástica-

mente.)
¡Diego! (Muy bajo.)

TEOD. (Santiguándose.) ¡Don Diego!

ALC. Yo, sí.
Ventura ha sido el hallaros.
(Con extremada ironía.)
De Valencia me ausenté,
y tengo hoy que regresé
la dicha de saludaros.

ISABEL. Estimo la cortesía, (Id.)
que en vos fué siempre extremada.

ALC. Os ví tan bien empleada (Sarcasmo.)
que importunaros temía.

BLANES. ¿Lo hablais acaso por mí?

ALC. Por vos lo hablé.

BLANES. (Con tono de amenaza.) Estoy dispuesto...

ALC. Así me place.

ISABEL. (Mediando entre los dos.) ¿Qué es esto?

TEOD. (Si no nos vamos de aquí, (Á Isabel.)
sin duda se matarán.)

ISABEL. (Convencida de lo que le ha dicho su dueña, y muy agitada.)
Nos retiramos... Que Dios (Á Alcacer.)
os guarde.

ALC. (Saludando.) Señora...

ISABEL. Vos (Á Blanes.)
acompañadme, don Juan,
hasta la puerta.
(Isabel llega á su casa y entra en ella, despidiéndose ántes de Blanes.—Éste se va por el foro.—Mientras tanto, Alcacer ha tomado de la mano á la dueña, que seguía á su señora, y la trae al proscenio, donde le pregunta lo que se dice en la escena siguiente, con la mayor rapidez posible.)

ESCENA X.

ALCACER, TEODORA.

ALC. Teodora...
¿Cuál de ese hidalgo es el nombre?

Dilo... ¿Quién es ese hombre
que hablaba con tu señora?

TEOD. Don Juan de Blanes.

ALC. ¿Pretende?...

TEOD. Con vivas ansias la mano
de doña Isabel... En vano,
porque ella se desentiende...
(Procura irse, y Alcacer la detiene.)

ALC. Teodora, entónces... ¿por qué
le alienta con un favor?
¿No lo viste?

TEOC. Yo...

ALC. ¡Oh furor!
Corro á buscarle...

TEOD. Se fué.
(Alcacer sube al foro, y Teodora, aprovechando la ocasion, entra en la casa.)

ESCENA XI.

ALCACER: se asoma á las calles de la izquierda y de la derecha del foro, y luégo á la del costado derecho, queriendo distinguir á Blanes por alguna de ellas.

Por aquí... No lo diviso...
Quizás por allí... Tampoco.
Por este lado... ¡Estoy loco! (Pausa.)
Verme con él es preciso.
¡Oh, si pierdo la esperanza
debo perder la existencia!
¿Y ha sido mi corta ausencia
orígen de su mudanza?
¡Mentira!... No puede ser...
Mas... ¿no lo llegué á mirar? (Pausa.)
Fué ligera en olvidar
como ligera en querer.
Entónces... ¿por qué no borro,
aunque así borre mi gloria,
su imágen de mi memoria?

TEOD. (Dentro.) ¡Favor!

ALC. ¿Qué escucho?

TEOD. (Saliendo.) ¡Socorro!

ESCENA XII.

ALCACER, TEODORA. Ésta viene profundamente conmovida y casi no puede articular las palabras.

ALC. ¡Teodora!
TEOD. ¡Socorro!... ¡Ah!
(Tranquilizándose un poco á la vista de Alcacer.)
Doña Isabel... ¡Ay don Diego!
ALC. ¿Qué pasa?... Dí... Te lo ruego...
TEOD. En grave peligro está.
ALC. La salvaré. (Entra en la casa apresuradamente.)
TEOD. (Completamente aturdida, despues de dar una vuelta por toda la escena.)
¡Y yo me estoy
aquí con tanto despacio!
(Como quien concibe una idea grande.)
Por don Vicente al palacio
del virey volando voy.
(Váse por la izquierda del foro.)

ESCENA XIII.

ISABEL, ALCACER, dentro ALAMIN.

Alcacer sale de espaldas al público, con la espada desnuda, y se detiene en el umbral de la puerta como defendiéndose de los que están dentro; con el brazo izquierdo protege á Isabel, medio desmayada, la cual se apoya en una de las columnas de la fachada. Dentro de la casa suenan murmullos sordos como de hombres enfurecidos. Estúdiese mucho esta situacion.

ALC. ¡Atrás!
ALAMIN. (Dentro.) ¡Venganza queremos!
¡Déjanos!
ALC. ¡Nunca, Alamin!
Vuélvete por el jardin.
¡Lo mando!
ALAMIN. (Dentro.) Te obedecemos.
(Cesan los rumores dentro de la casa. Alcacer en-

vaina su espada, acude á Isabel, y los dos vienen al proscenio.)

ESCENA XIV.

ISABEL, ALCACER.

ALC. Señora... ¡Apenas respira!
¡Isabel!
ISABEL. (Mirando en derredor.) ¡Diego!... ¡Salvada!
ALC. Viendo su empresa frustrada
la turba ya se retira.
ISABEL. (Con espanto y expresando sus ideas de un modo desordenado.)
Esos hombres sorprendieron
á mis criados... Perdí
el sentido... Contra mí
sus puñales esgrimieron...
Tu noble y valiente ayuda
les impidió que me hirieran...
(Comprendiendo la verdad de lo acontecido.)
Esos asesinos eran
moriscos. No tengo duda.
Esa raza envilecida,
tal vez, Diego, de improviso,
matar á mi padre quiso
viéndose de él perseguida.
ALC. (Con angustia.) (¡Si supiera!)
ISABEL. Yo recuerdo,
sí, que los miré temblar
cuando tú entraste... En un mar
de confusiones me pierdo...
ALC. (¿Si habrá llegado á entender?...)
ISABEL. Uno de ellos te llamó...
No dijo tu nombre... nó... (Recordando.)
Te llamó... Diego Alcacer.
ALC. (Anonadado.)
(¡Lo ha oido!)
ISABEL. ¿Mintió aquel hombre?
Tú le hablaste... Yo no acierto
á conciliar... Dí... ¿No es cierto
que Diego Almunia es tu nombre?

ALC. ¡Isabel!... (Suplicante.)

ISABEL. Dí... ¿Me engañé?
Con la turba te encontraste
y reprendiste y mandaste...
y te obedeció... ¿Por qué? (Pausa.)
¿Quién eres tú, que así tuerces
sus intentos despiadados,
y entre esos hombres malvados
tan grande dominio ejerces?
¿Quién eres, desconocido
de los nobles de Valencia,
tú, que pasas la existencia
en el misterio escondido?
(Espantada de lo que va adivinando.)
Claro mis ojos lo ven...

ALC. (Interrumpiéndola con suprema angustia.)
¡Calla!

ISABEL. Á descubrirlo llego...
(Con dolor y desprecio á un mismo tiempo.)
No lo niegues... Diego, Diego...
¡Tú eres morisco tambien!

ALC. (Escapándosele la frase á pesar suyo.)
¡Morisco tambien!

ISABEL. Sí, sí.
Me espanto de tu osadía.
¡Y yo noble te creía! (Pausa.)
¿Por qué me engañaste así?

ALC. Isabel...

ISABEL. ¿Con tu bajeza
me has pretendido igualar,
y has procurado manchar
los timbres de mi nobleza?
Hoy el error que destruyo
para siempre nos separa.
Conseguiste que te amára
bajo un nombre que no es tuyo;
y si en mi pecho acogida
pudo hallar tu amor indigno,
á matarlo me resigno,
aunque me cueste la vida. (Con resolucion.)

ALC. (Con indignacion.)
¿Y tú, Isabel, me has amado?

(Moderándose y con la calma de la desesperacion.)
Pero nó... Tienes razon...
¡Hiéreme en el corazon,
que él sólo ha sido el culpado!
Te amé desde que te ví...
¡Ojalá nunca te viera,
y ahora, Isabel, no muriera
de amor y celos por tí!
Te quejas de que ocultára
mi nombre... Decirte puedo
que yo lo oculté... por miedo
de que Isabel no me amára.
Me ofende tu sinrazon...
¿Soy, por ventura, otro hombre?
¿Aunque es distinto mi nombre,
no es el mismo el corazon?

ISABEL. Ya, Diego, todo es en vano.
Tu loca pasion me humilla.
Debo guardar sin mancilla
mi puro honor castellano.
Quiere la suerte funesta
nuestros vínculos romper...
Yo cumpliré mi deber.
¡Dios sabe lo que me cuesta!

ALC. (Con dolor profundo y la ironía más amarga.)
Señora... nadie creería
que tu orgullo pueda tanto.
Sé que tu orgullo es el manto
con que cubres tu falsía.
Esas lágrimas traidoras (Con ira.)
no son muestras de amor fiel.
Me desprecias, Isabel,
por un noble á quien adoras.

ISABEL. (Indignada.) ¡Diego!

ALC. (Con horrible sarcasmo.) ¿Y me debo quejar,
por ventura?... ¿Quién soy yo?
Un ser que no mereció
tener ni patria ni hogar.
Un hombre que está ofendido
de que tanto le persigan...
¡Soy un noble á quien obligan (Grito.)
á convertirse en bandido!

Soy un hombre á quien oprimen
los tuyos con saña fiera...
que ni puede amar siquiera,
porque su amor es un crímen.
No, no me quejo... Haces bien...
(Con desesperacion y orgullo á un tiempo.)
¡Yo soy de los despreciados,
yo soy de los expulsados,
yo soy morisco tambien! (Grito.)

ISABEL. No merecí esos agravios... (Rápido.)
Cálmate...

ALC. ¡Si tengo calma! (Transicion.)
Pero... ¡es que toda mi alma
está saliendo á mis labios!
He sentido, de improviso,
un afan, una agonía...
¡La que Luzbel sentiría
al dejar el Paraiso!

ISABEL. Basta, Diego... Entre los dos
hoy el destino se lanza.
Es preciso á la esperanza
decir para siempre... ¡adios!

ALC. Sí, sí... Es preciso decir
ese adios... ¡adios terrible!
á la esperanza... ¿Es posible
decírselo y no morir?

ESCENA XV.

DICHOS, TEODORA y TORRELLAS, por el foro.

TEOD. (Desde el foro.) Vedla.

ISABEL. ¡Mi padre!

TEOD. (Á Torrellas, ya estando los dos en el proscenio, señalando á Alcacer y con hipocresía.)
Este hidalgo,
que, por ventura, se halló
en la plaza, la salvó
sin duda...

TOR. (Conmovido y acercándose á Alcacer.)
Cuanto yo valgo
os ofrezco agradecido.

Habeis salvado mi bien...
¡La adoro tanto!... ¿Y á quién
este favor he debido?

ALC. Soy... ¡un morisco! (Amargamente.)

TOR. ¿Un villano, (Á Isabel.)
quizás de los que quisieron
matarte?... Si otros huyeron, (Á Alcacer.)
tú morirás por mi mano.

ALC. ¡Que sea pronto! (Reconcentrado.)

ISABEL. (Interponiéndose entre ambos.) Padre, nó.
Es un morisco... Es verdad...
Más su vida respetad...
porque la mia salvó.

TOR. (Conteniéndose á duras penas.)
Hija... será respetada...
Pero... huye... Sin dilaciones... (Á Alcacer.)

ALC. Señora... ¿por qué te opones
á que ensangriente su espada?
Dispuso el destino ímpío... (Á Torrellas.)
¡nunca, jamás lo ordenára!
que yo vuestro bien salvára
y... á la par... perdiera el mio.

TOR. No os comprendo...

ISABEL. (Me domina
con su mirada.)

TOR. De aquí
retírate al punto.

ALC. Sí...
Desesperado...
(Llega lentamente hasta la esquina de la iglesia y distingue á Molina, que viene por la izquierda del foro.)
¡Molina!
(Isabel, Torrellas y Teodora se dirigen á la casa. Al llegar á la puerta párase Isabel contemplando tristemente á Alcacer.)

ESCENA XVI.

DICHOS, MOLINA.

MOL. (En el foro, á media voz, pero enérgicamente.)

Mañana empieza la guerra
en Córtes y en Alahuar...

ISABEL. (¡Ay, Diego!)

ALC. Molina... ¡al mar!

MOL. ¿Y tú, Alcacer?

ALC. (Despues de haber mirado á Isabel, con inmensa amargura y furor reconcentrado.)
¿Yo?... ¡A la sierra!

(Molina se dirige á la izquierda del foro. Alcacer á la derecha.—Ántes de que desaparezcan cae el telon rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Patio del convento de la Zaidia, extramuros de Valencia.—Corredores practicables, altos y bajos, al foro y á los lados: los altos están guarnecidos de una balaustrada de madera de color oscuro, y los bajos formados por arcos que descansan sobre columnas de mármol.—En el corredor bajo del foro, frente al arco de en medio, habrá una verja grande, de hierro, con dos puertas abiertas, á través de las cuales se verá el huerto del convento, limitado, á lo lejos, por una tapia blanca y de poca altura.—En el alto del foro ventanas grandes, enrejadas, que se suponen tienen vista al huerto.—En el corredor alto de la derecha distintas puertas, que parezcan de celdas, y casi al fin un arco pequeño, de bóveda, labrado en el muro, que figura conducir á otros claustros.—En el corredor bajo de la derecha el mismo número de puertas, y un arco, debajo del que se deja descrito, completamente igual á éste.—En el corredor de la izquierda habrá, primero, una puerta de celda, luégo á su inmediacion, un arco grande en el muro, y otro más allá, frente al del corredor alto de la derecha y de la misma fábrica.—En el corredor bajo de la izquierda, en primer término, una puerta pequeña y ancha, abierta, que es la de la portería: en medio, un arco, en que comienza la escalera, de la cual se ven algunas gradas.—Entre la puerta y este arco, en un hueco del muro, un retablo con una imágen de la Vírgen, estando colgada una lámpara del techo del hueco.—Otro arco, frente al del corredor bajo de la derecha, que tambien figura comunicar con los claustros interiores.— Es el principio de la noche.—Los rayos de

la luna iluminan parte del huerto, penetran por la verja del foro en direccion oblícua, atraviesan el arco de en medio del corredor bajo de la izquierda y vienen á morir á los piés del retablo dejando en oscuridad el lado derecho.—Al alzarse el telon, aparecen Teodora y Alamin junto al retablo: el segundo está encendiendo la lámpara de éste.

ESCENA PRIMERA.

TEODORA, ALAMIN.

TEOD. Daos prisa... ¡Vamos!
ALAMIN. Ya está
esa lámpara encendida.
TEOD. Si la madre superiora
llegára á tener noticias
de que tanto descuidais
vuestra obligacion, precisa,
de encender todas las lámparas
de los retablos, sería
tal su enojo, que...
ALAMIN. Bien sabe
vuestra merced que me envian
á cada instancia á Valencia
las monjas.
(Vienen al centro de la escena.)
TEOD. ¡Ya... las monjitas!
Por cera para el altar,
ó chocolate, ó almíbar...
ALAMIN. Á la ciudad me enviaron,
Teodora, esta tarde misma
por todo lo que habeis dicho.
TEOD. ¡Lo adiviné!
ALAMIN. Y como dista
el convento un largo trecho
de Valencia, anochecía
cuando volví.
TEOD. ¿Habeis sabido
algo nuevo?...

ALAMIN. Ni una pizca.
TEOD. ¿Los moriscos de la sierra
se resisten todavía?
ALAMIN. Algunos... La rebelion
no está del todo vencida.
TEOD. ¡Ay, hermano! Tengo un miedo
tan grande... No estoy tranquila.
ALAMIN. Pues... ¿qué temeis?
TEOD. Los piratas,
que en sus naves atrevidas
suelen llegar á las costas
de Valencia... ¡Su osadía
es mucha! Á los arrabales
de la ciudad se aproximan
alguna vez... ¡Son feroces!
ALAMIN. (¿Sabrá esta vieja maldita?...)
TEOD. Ya veis... Este monasterio,
llamado de la Zaidía,
que fundó doña Teresa
Gil de Vidaure, á la orilla
de Turia, en un despoblado,
con facilidad caería
en su poder...
ALAMIN. Y el convento
ofrece presa muy rica,
Teodora.
TEOD. Por todas partes
la plata y el oro brillan.
¡Qué tiempos!... ¡Están pasando
tantas cosas nunca vistas!
El señor don Juan de Blanes,
caballero de alta estima,
á cuyo esfuerzo el virey
árduas empresas confía,
y el de Leiva, han acudido
al convento con gran prisa.
Llegaron hace muy poco
mandando una compañía
de soldados...
ALAMIN. ¿De los tercios?
TEOD. De la milicia efectiva.
Del virey, del arzobispo

tales órdenes traian,
que entrada al punto les dieron
en los claustros. Allá arriba,
en la celda de la madre
abadesa, determinan
lo que han de hacer. Si no es cierto
que el monasterio peligra
¿á qué tantas precauciones
y tan extrañas visitas?

ALAMIN. Yo no sé. Soy jardinero (Bruscamente.)
nada más.

TEOD. Si eso no evita...

ALAMIN. (Con impaciencia y cólera mal contenida.)
(¿Hay vieja más habladora?)

TEOD. Hace un mes y algunos dias
que murió el hermano Blas...
Vos entrásteis en seguida
á sucederle en su oficio...
En nada se os parecía.
Teneis el humor más ágrio
que he conocido en la vida.

ALAMIN. Teodora...

TEOD. Como os lo digo.
Me tratais sin cortesía.
Y no podeis ignorar (Con orgullo.)
que soy dueña de la hija
de don Vicente Torrellas,
cuya nobleza es antigua.

ALAMIN. (Con desesperada impaciencia y rápidamente.)
(¡Y los otros esperando
las señales convenidas!)
(Este aparte debe acentuarse mucho.)

TEOD. Y no estoy yo por mi gusto
en el claustro; mas lo habita
doña Isabel, mi señora,
y es mi obligacion servirla.
Nuestra casa de Valencia
fué por las gentes moriscas
asaltada: en adelante
seguridad no ofrecía.

ALAMIN. (No me conoce.)

TEOD. Por eso

mi señor que, ardiendo en ira,
contra los nuevos cristianos,
para la guerra partia,
aquí nos trajo.

ALAMIN. Hizo bien,
Teodora.

TEOD. Mientras él lidia
aquí vivimos seguras.
En esta casa bendita
há dos meses que habitamos...

ALAMIN. (Mi paciencia se termina.)
Mirad, Teodora, que es tarde
y estarán ya recogidas
las monjas...

TEOD. ¡Si aún no han bajado
Blanes ni Leiva!

ALAMIN. (Recelosamente.) (Me espía
esta mujer?... Si así fuera...) (Amenazante.)
Vóime al huerto, pues dirían (Con resolucion.)
al verme aquí, en esta hora
por demás intempestiva,
que la clausura quebranto,
y mi oficio perdería.

TEOD. (Mostrándose convencida por esta razon.)
Decís bien... que tiene un genio
la abadesa... ¡Dios la asista,
que la hace falta!
(Van al foro, donde se detienen junto á la verja.)
¡Y estamos
con esa puerta vendidas!
Ayer la hermana portera
perdió la llave...

ALAMIN. (Rápido.) (Sería
inútil que la buscase.
La tengo bien escondida.)

TEOD. Vigilad, que en estos tiempos
vigilar se necesita...
Encajad...

ALAMIN. Sí... Buenas noches.

TEOD. Hasta mañana en la misa.
(Alamin atraviesa la puerta, que entorna detrás de

él y desaparece en el huerto. Teodora baja al proscenio.)

ESCENA II.

TEODORA.

¡Válgame Dios!... Esta casa,
tan silenciosa y sombría,
es albergue de soldados,
cuyas blasfemias impías
á las madres del convento
asustan y escandalizan.
Algo muy grave sucede
porque si no... ¿á qué vendrian
don Juan de Blanes y Leiva
con su marcial comitiva?
Por saberlo algunos años
de mi existencia daría...
(Queda reflexionando. Blanes y Leiva aparecen en el corredor alto de la izquierda, saliendo por el último arco y desapareciendo por el de en medio.)
¡Qué idea!... Voy á buscar
á la madre Catalina,
que, al fin, como está encargada
de guardar la portería...
Lo que no averigüe ella,
nadie, nadie lo averigua.
(Váse muy satisfecha por la puerta de la izquierda. Blanes y Leiva descienden por la escalera, prosiguiendo el diálogo que traen comenzado.)

ESCENA III.

BLANES, LEIVA.

BLANES. Sin duda es falso el aviso,
que no hay piratas ahora
en el mar. (Vienen al proscenio.)
LEIVA. La superiora
nos concede su permiso
para entrar en el convento,

temiendo que esos malvados
lo asalten.

BLANES. Que los soldados
se aposenten al momento,
Leiva.

LEIVA. Decidme, don Juan:
si llega un peligro á haber,
¿es posible defender
con la fuerza que nos dan
el claustro? La compañía
que aquí con nosotros viene
cien hombres quizás no tiene.

BLANES. ¡Pobre defensa sería
la nuestra!... No han de venir
las cosas á esos extremos,
y si acaso cumpliremos
nuestro deber, que es morir.
Pocos piratas arroja
de Túnez el suelo ingrato,
que ya no existen Morato,
ni Dragut, ni Barba-roja.

LEIVA. Sabeis que cruzan el mar,
como nunca enfurecidos,
algunos de los vencidos
en la sierra de Alahuar.

BLANES. Perdida toda esperanza, (Con sentimiento.)
y de la patria expulsados,
sienten los desventurados
horrible sed de venganza.

LEIVA. Sentí no hallarme en la guerra
de Alahuar...

BLANES. Estuve allí,
y por todas partes ví
manando sangre la tierra.
Allí á don Sancho de Luna,
Carrillo, Miranda el fiel,
Acevedo y Pimentel,
les fué amiga la fortuna.
Con incansable teson
las Azávaras rindieron,
y á los moriscos vencieron
en Benixembla y Xalon.

De sus armas ante el brillo
todo cejaba y cedía...
Luégo en su poder caía
el Pop, que es fuerte castillo.

LEIVA. ¿Y en Córtes?...

BLANES. Tambien allí
fueron deshechos sus planes
por los bravos capitanes
Vilanova y Castelví.

LEIVA. Junto al Júcar, decidido,
se defiende Turigó,
el rey de Córtes. (Con mofa.)

BLANES. Huyó,
viendo el combate perdido
en Bicord... Nuestro virey,
si se rinde, le perdona.

LEIVA. Él no abdica su corona,
quiere morir como rey.

BLANES. Son pocos los que le siguen.

LEIVA. Corta será su existencia.

BLANES. Las milicias de Valencia,
sin descansar, los persiguen.
Los demás se resignaron
á obedecer el feroz
edicto, y en Vinaroz,
Dénia y el Grao se juntaron
para embarcarse.

LEIVA. Y aguardan,
viendo la expulsion resuelta,
de nuestras naves la vuelta,
que ya, por cierto, se tardan.

BLANES. Tantos los moriscos fueron
expulsados, bajo graves
penas, que, á la vez, las naves
conducirlos no pudieron.
Por eso, de varios modos
saliendo de España están...
Las naves vienen y van
hasta expulsarlos á todos.
(Profundamente conmovido.)
De tiempo en tiempo á millares
las playas de España dejan,

y con lágrimas se alejan
de su patria y sus hogares.

LEIVA. Pero contínuas alarmas
á cada instante tenemos,
de suerte que no podemos
ni desnudarnos las armas.

BLANES. Es verdad. Aposentados
nuestros hombres dejareis,
y luégo al campo saldreis
con los mejores soldados.

LEIVA. Es preciso vigilar,
por si acaso...

BLANES. Con misterio
rodead el monasterio;
y si llegais á notar
de los piratas las huellas,
enviadme un mensajero
y acometedles... Yo espero
á don Vicente Torrellas,
que con refuerzos vendrá
de Valencia...

LEIVA. En ese caso,
han de hallarse en un mal paso
si llegasen por acá.

BLANES. No os descuideis...

LEIVA. Mi deber
voy á cumplir sin demora.

TEOD. (Saliendo por donde se fué en la escena anterior, y con satisfaccion al ver á Blanes.)
(¡Don Juan de Blanes!)

BLANES. (Reparando en ella.) (¡Teodora!)
(Despidiendo á Leiva, que se va por la portería.)
Leiva, adios.

TEOD. (Acercándose á Blanes.) (Podré saber...)

ESCENA IV.

BLANES, TEODORA.

TEOD. ¡Don Juan de Blanes!... Decidme,
decidme por qué motivos
mandando una compañía

al convento habeis venido.

BLANES. Témese que los piratas
se aproximen á este sitio,
y me encargan su custodia,
mas no hay señal de peligro.

TEOD. ¡Ay, si vienen!

BLANES. Fuera entónces
su atrevimiento inaudito,
que á las puertas de Valencia
levántase este edificio.
Es imposible, Teodora,
que lleguen aquí.

TEOD. Confio
en vos.

BLANES. No temas.

TEOD. Don Juan,
oyéndoos me tranquilizo.

BLANES. Dime, Teodora... ¿y aquella (Con interés.)
ingrata por quien yo vivo?

TEOD. Yo, don Juan...

BLANES. ¿En su memoria
no guarda un recuerdo mio?
¿No rompe la servidumbre
en que gime su cautivo?
Tú callas... ¡Ah!... Lo comprendo,
aún soy de ella aborrecido.

TEOD. Doña Isabel, mi señora,
tuvo siempre amor tan fino
en grande estima... No pudo
(Con cierta indignacion.)
dar á vuestra pena alivio,
porque adoraba en secreto
á un despreciable morisco,
que, valiéndose sin duda
de encantados maleficios,
un pecho que era de bronce,
blando cual la cera hizo.

BLANES. ¿Y ella sabia?...

TEOD. El villano
usaba un nombre fingido.

BLANES. ¿Se descubrió?...

TEOD. Todo, todo.

se descubrió... Dios lo quiso.
Ya sabeis por qué ocasion
al convento nos vinimos...
Vive aquí doña Isabel
llorando lo que ha perdido,
y quiere el amor humano
trocar por amor divino.

BLANES. ¿Es cierto?

TEOD. Hace un mes que el hábito
de novicia se ha vestido.
La superiora es su tia,
y le concede permiso (Márquese mucho.)
para andar á todas horas
por estos claustros tristísimos.
(Misteriosamente y bajando un poco la voz.)
Como una sombra, evocada
por un conjuro maligno,
todas las noches la celda
deja con paso furtivo.
Baja, y ante ese retablo (Señalándolo.)
melancólico y sombrío,
donde se ostenta la imágen (Con dulzura.)
de la Vírgen del Olvido,
prosternando las rodillas,
comprimiendo mil suspiros,
llora y reza hasta que el alba
despierta al mundo dormido.

BLANES. Pienso, Teodora, al oirte,
que en vano amándola sigo,
que de invencibles amores
el corazon tiene herido.
Corazones como el suyo,
firmes, constantes, altivos,
no olvidan, si una vez aman,
que adoran siempre lo mismo.
(Con resolucion y profunda tristeza á un tiempo.)
Yo pretendo un imposible
y la esperanza despido.

TEOD. (¡Pobre mancebo!)
(Suena dentro el toque de una campanilla..)
¿Escuchais
ese toque? Es el aviso

que nos manda recogernos.
Es tarde y está prohibido
abandonar á estas horas
las celdas en que vivimos.
Quedad con Dios.

BLANES. Él te guarde.

(Sube Teodora algunas gradas de la escalera y vuelve á descender dirigiéndose á Blanes.)

TEOD. (Con refinada ironía.)
Tiene un genio tan benigno
la abadesa, que si tardo
me ha de aturdir con sus gritos.
Adios, pues.

BLANES. Adios.

(Váse Teodora subiendo la escalera y perdiéndose de vista: luégo sale por el arco de en medio del corredor alto de la izquierda y éntrase por el último arco.—Blanes entre tanto, figura que reflexiona.)

Velemos
para todo apercibidos.

(Váse lentamente por la portería.—La escena queda sola durante algnnos momentos.—Luégo se oye un rumor sordo, casi imperceptible en el huerto.)

ESCENA V.

ALAMIN, MOLINA, ALCACER.

Se les ve atravesar la parte del huerto iluminada por la luna y acercarse á la verja.—Alamin los precede, trayendo una linterna: entreabre las puertas de la verja, y entran en el patio con sigilo y recelosa cautela.—Distínguense en el huerto dos ó tres grupos de piratas; algunos de estos vestidos á la berberisca y á la turca.—Alcacer viene ensimismado en sus pensamientos, extraño á cuanto le rodea.

ALAMIN. (Despues de escudriñar el patio con la vista.)
No haya temor... Está el patio
desierto.

MOL. (Reconociendo tambien el lugar.)
¡Nadie!

ALAMIN. Os he dicho

que al toque de esa campana
las monjas se han recogido.
(Vienen al proscenio.—Toda la escena debe decirse á media voz, aunque enérgicamente.)

MOL. Hallándonos en la costa
nos mandastes un escrito,
diciendo, que temeroso
de la expulsion y castigo,
que eras un cristiano viejo
supusiste: que, admitido
de jardinero, habitabas
en este convento rico;
que para darle un asalto
tú nos prestabas auxilio.

ALAMIN. Así es la verdad, Molina.

MOL. Eso escribiste.

ALAMIN. Eso afirmo.

MOL. No hay en las costas de España
ni galeras ni navíos,
y hemos llegado sin riesgo.

ALAMIN. Y yo cumplo lo ofrecido.
Para que entráseis vosotros
abrió mi mano el postigo
del jardin, y de esa puerta (La de la verja.)
con astucia he sustraido
la llave... No hay fuerza humana
que impida nuestros designios. (Pausa corta.)
Es necesario esperar
á que se encuentren dormidos
los soldados que guarnecen
el convento...
(Movimiento de sorpresa en Molina.)
Há poco vino
una escasa compañía...

MOL. ¡Cómo, Alamin!... ¿Han sabido?...

ALAMIN. Lo ignoro.

MOL. Mi gente es mucha.

ALAMIN. Vencerás. Lo pronostico.

MOL. (Poniendo una mano en el hombro de Alcacer.)
Diego Alcacer, esta empresa
puede muy bien resarcirnos
de los daños que nos causan

nuestros viles enemigos.
Despierta, Alcacer... Nosotros,
(Con júbilo feroz.)
los míseros, los vencidos,
nosotros que, para siempre,
de España arrojados fuimos,
volvemos, y en nuestras manos,
(Con fiera energía.)
despiden funesto brillo
las antorchas del incendio,
la espada del exterminio.

ALC. Molina, tú me salvaste, (Con amargura.)
y desde entónces, contigo
cruzo el mar en tus galeras,
en pirata convertido.
Si en las batallas navales
lidiar sereno me has visto,
era porque deseaba
la muerte... Yo no he nacido
para asaltar los conventos...
Mas no importa... Soy tu amigo,
y en todas partes procuro
defenderte agradecido.

MOL. Pareces, Diego, insensible: (Con lástima.
tu aspecto es contemplativo...
Despierta de ese letargo
y recobra nuevos bríos.
¡Vive para la venganza!
Yo, sólo para ella vivo.

ALAMIN. Molina, que pasa el tiempo.
Necesario es dar principio
á nuestro plan.

MOL. Ya te escucho.

ALAMIN. En tres grupos divididos
los hombres que te acompañan,
con precaucion y sigilo,
en el huerto y en los claustros
se apostarán, prevenidos
para todo.

MOL. Son doscientos
los turcos y berberiscos
que traigo. Es gente probada.

ALAMIN. De un grupo seré caudillo.
Lo guiaré por este lado,
(Señala á la izquierda.)
y en estrechos pasadizos
lo ocultaré, hasta que llegue
la hora. Tú, decidido,
por este lado, otro grupo
ocultarás. Este sitio,
tú, Diego Alcacer, vigila.

ALC. Y si ocurre algun peligro...

MOL. Con todos los que allí quedan
(Señala al huerto.)
corre á evitar el conflicto.

ALAMIN. Ya está el plan: sólo nos falta
darle comienzo.

MOL. Ahora mismo.
(Se acerca á la verja y á su mandato entra un gran número de piratas.)
Venid.
(Á la mitad de los piratas y señalando á Alamin.)
Seguid á este hombre
y obedecedle sumisos.

ALAMIM. Rica presa nos espera.
(Váse seguido de la mitad de los piratas por el arco del corredor bajo de la izquierda.)

MOL. Voy á dejar á los mios
apostados, y me vuelvo
á este lugar.

ALC. ¿Intranquilo
te hallas?

MOL. No... pero es prudente...
Vigilaremos unidos (Márquese mucho.)
aquí los dos. Vengo al punto.

ALC. Dices bien.

MOL. (Á los piratas.) Venid conmigo.
(Váse, seguido de los suyos, por el arco del corredor bajo de la derecha. Alcacer queda meditabundo mirándolos desaparecer bajo la bóveda del arco.)

ESCENA VI.

ALCACER.

Ellos aún pueden vivir,
les presta aliento el furor.
Yo, abismado en mi dolor
ni el ódio puedo sentir.
No arden aquí las pasiones,
ni un eco siquiera zumba...
¡Se alza en mi pecho la tumba
de mis muertas ilusiones!
¿Por qué las he recordado? (Con amargura.)
Muertas el alma las llora,
y ante mis ojos ahora
resucita lo pasado.
Y al evocarlas, avivo
el dolor que me quebranta,
y lo que fué se levanta
más poderoso, más vivo.
Cuando una adorada gloria (Con desesperacion.)
desparece en hora impía,
entónces tambien debía
desparecer la memoria. (Pausa corta.)
¿Qué vale la libertad
que en anchos mares respiro,
si el alma con un suspiro
lamenta su soledad?
Y á mi despecho, en tropel
los recuerdos de ventura
me asedian... Sí... Veo la pura
imágen de mi Isabel. (Pausa.)
(En este momento, como si su idea tomára cuerpo real, se ve á Isabel en hábito de novicia de la órden del Cistér, salir lentamente por el último arco del corredor alto de la izquierda y entrarse por el arco de en medio. Estúdiese este cuadro. Alcacer parece luchar con sus propios pensamientos, engolfándose en otro órden de ideas.)
¡Oh, cuántas veces á solas,

en la nave adormecido,
oyendo el recio rugido
de las turbulentas olas,
ántes que el alba llegase,
á Dios pedí con empeño
un sueño profundo, un sueño
de que jamás despertase!
¿Y este horrible padecer
vivirá mientras yo viva?...
Madre... ¿por qué, compasiva, (Sarcástico.)
no me mataste al nacer?
(Enternecido por el recuerdo que trae á su imaginacion.)
¡Pobre madre!... Guerreaba
audaz en la sierra yo...
La muerte la sorprendió
lejos del hijo que amaba.
¡Mi madre!... ¡Isabel!... Ninguna,
ninguna para mí existe,
y tengo el alma tan triste
como... la luz de esa luna.
Ó la existencia acabadme,
memorias, ó al pensamiento
no le deis ya más tormento...
¡Dejadme... pronto... dejadme!...
(Se apoya en una de las columnas del corredor del foro, quebrantado por la lucha que ha sostenido consigo mismo: inclina la cabeza sobre el pecho y permanece en esta dolorosa actitud. Mientras ha dicho los cuatro últimos versos, ha bajado Isabel la escalera deteniéndose á cada paso, concentrada en sí misma, y de un modo maquinal llega hasta el retablo sin ver á Alcacer y sin que éste la note. Procúrese la mayor idealidad en esta situacion. Pausa larga.)

ESCENA VII.

DICHO, ISABEL.

ISABEL. (Juntando las manos y fijando con angustia su mirada en la imágen de la Vírgen.)

Santa Vírgen del Olvido,
tu amparo vengo á implorar,
que yo pretendo olvidar
y .. ¡ay!... olvidar no he podido.
De mi afliccion eres puerto:
por tu santo y dulce nombre,
haz, Madre, que olvide á un hombre,
á un hombre... que acaso ha muerto.
(Figura que reza mentalmente.)

ALC. ¿Quién, quién habló?... Mi cabeza
me hizo sin duda creer...
(Adelántase hasta la mitad del patio mirando en todas direcciones y distingue á Isabel, sin que la reconozca.)
¡Ah!... Descubro una mujer (Bajo.)
que ante el altar llora y reza.
(Contemplándola hondamente impresionado.)
Esa mujer quizás vió
su corazon desgarrado...
Quizás recuerda el pasado
tan infeliz como yo.
(Atraido por una influencia, de que no sabe darse cuenta, queda inmóvil, contemplando á Isabel.— Ésta no debe alzar mucho la voz.)

ISABEL. Madre de Dios, madre mia,
por la pena que sentiste
cuando al Hijo en la cruz viste
luchando con su agonía,
dame fuerzas, dame luz,
que tambien entre cuidados
llevo los hombros doblados
bajo el peso de mi cruz.
Tambien de la desventura (Llorando.)
el dardo aleve me ha herido...
¡Yo tambien he recorrido
mi calle de la amargura!
(Pone los brazos sobre el altar del retablo, apoyada la frente en las palmas de las manos, y permanece en esta actitud.)

ALC. ¡Pobre mujer!... ¡Qué emociones
(Conmovido.)
me causa su tierno llanto!

Tiene el dolor un encanto
que acerca los corazones.
(Mientras habla, va acercándose con lentitud, de un modo maquinal, al sitio donde se halla Isabel.)
Sin duda al alzar su ruego,
el dolor la hace más bella.
Quiero rogar como ella,
quiero...
(Llega á colocarse junto á Isabel y la reconoce.)
¡Isabel! (Ahogadamente.)

ISABEL. (Levantando la cabeza, y entre sorprendida y espantada.)
¡Diego... Diego!
¡Tú aquí!

ALC. Isabel...

ISABEL. (Apartándose de él.) ¡Temerario!

ALC. ¡Isabel!... ¡Tú aquí! (Con cierta alegría.)
(Con horror profundo, considerando que los piratas están en el convento, y recordando á lo que ha venido él.)
¡Tú aquí!

ISABEL. Diego... ¿profanas así
el convento solitario?
En alas de tu pasion,
pasion mundanal, impura,
¿quebrantas esta clausura?...
No eres digno de perdon. (Pausa corta.)
¿Qué vienes aquí á buscar?
¿Una mujer que te ha amado?
¿No sabes, desventurado,
que ya no te puede amar?

ALC. (Interrumpiéndola, con espanto.)
¿Qué dices, mujer?... ¿Qué tratas
de amor en este momento?...
(¡Ella está aquí.., y el convento
es presa de los piratas!)
(Márquese mucho este aparte.)

ISABEL. (Con temor y angustia indescriptibles.)
Diego... por la cruz divina,
huye... Te van á sentir...
y entónces...

ALC. (Sin oirla y respondiéndose á la única idea que le

preocupa.)

Lo he de impedir...

ISABEL. ¡Huye!

ALC. (Viendo salir á Molina por el último arco de la derecha.)

¡Molina!

(Va á su encuentro, procurando con su cuerpo ocultarle la presencia de Isabel.)

¡Molina!

(Isabel queda en el primer término: Alcacer y Molina están en el tercero.)

ESCENA VIII.

DICHOS, MOLINA.

MOL. (Admirado de la turbacion de Alcacer.)
¿Qué pasa?

ALC. (Queriendo conducirlo hácia el foro.)
Molina... ¡Huyamos!

MOL. Diego... ¿por qué?... La sorpresa
nos asegura esta empresa...
¿Tal vez en peligro estamos? (Rápido.)
¡Habla!

ALC. Nó... Nó...

MOL. Son valientes
los piratas que en acecho
he colocado.

ALC. (Con dolor.) ¿Qué has hecho?

ISABEL. (¡Piratas!) (Con el mayor espanto.)

MOL. Son buenas gentes.
Acompañándome de ellas,
de España azote he de ser...

ISABEL. (Escapándosele el grito, á pesar suyo.)
¡Dios mio!

MOL. (Ha oido la exclamacion de Isabel; distingue á ésta y se aproxima á ella.)

¡Aquí una mujer!

(Mirándola fijamente, reconociéndola, y con la expresion del odio satisfecho.)

¡Tú eres hija de Torrellas!

(Alcacer, que ha seguido á Molina, se coloca entre

éste é Isabel.)
¡Gracias, Alá soberano!
Eterna sea tu alabanza.
Hoy me ofreces la venganza
al alcance de mi mano.
¡Tiembla! (Á Isabel.)

ALC. ¡Molina!

ISABEL. ¡Los dos
venís con la odiosa grey,
que es enemiga del rey
y enemiga de mi Dios!

MOL. Escucha, mujer altiva,
orgullosa castellana,
ántes que brille mañana
el sol, serás mi cautiva.

ISABEL. ¿Qué dices?

ALC. Nó...

ISABEL. ¡Miserable!
Sangre noble se conserva
en mí... ¡Nunca seré sierva
de un morisco despreciable!
¿Por qué el furor te domina?
¿Qué te he hecho yo?... Tú... ¿quién eres?
¡Acaba!

MOL. ¿Saberlo quieres?...
¡Yo soy Francisco Molina! (Pausa breve.)
Y bien, dirás al instante:
¿quién puede ser este hombre,
que nunca supe su nombre
ni ví jamás su semblante?
(Pausa, durante la cual trae á su mente la historia de su vida.)
Víctimas de odio profundo
los moriscos de Granada,
hicieron guerra empeñada
contra Felipe Segundo.
Por mi rey Aben-Abó,
defendí con saña fiera
la villa de la Galera,
que don Juan de Austria asaltó.
¡Qué noche!... Con vilipendio
el cristiano nos mataba...

¡Qué de horrores alumbraba
la roja luz del incendio!
Á su claridad incierta,
con desprecio de mi vida,
busqué á mi esposa querida...
La hallé, sí, mas... ¡la hallé muerta!

ISABEL. ¡Ah!

ALC. ¡Muerta!

MOL. Sí. Entre los rios
de sangre que la inundaban,
mis pobres hijos estaban
muertos tambien... ¡Hijos mios!
(Con profunda y desgarradora emocion.—Luégo la domina y recobra su habitual serenidad.)
Astuto seguí las huellas (Rápido.)
del matador de mi bien...
Lo descubrí... y era...

ISABEL. ¿Quién? (Id.)

ALC. ¿Quién? (Id.)

MOL. ¡Don Vicente Torrellas!

ALC. ¡Su padre!

ISABEL. ¡Mi padre!

MOL. Sí.
Tu padre fué el asesino...
Te pone Alá en mi camino
y de él me vengaré en tí.
Con una y otra asechanza
quise á su vida atentar...
y algun genio tutelar
le salvó de mi venganza.
Yo sé que eres su tesoro,
que eres su prenda mejor...
¡Será inmenso su dolor
viéndote esclava de un moro!
¡Y lo serás!

ALC. (Intentando aplacar la cólera de Molina.)
Yo reclamo,
Molina, tu compasion...

MOL. ¡Alcacer! (En tono de dura reconvencion.)

ALC. Tienes razon,
Molina... pero... ¡la amo! (Con energía.)

MOL. ¡Tú!... ¡la amas!... ¡Diego Alcacer,

has debido recordar
que ya no es tiempo de amar,
que es tiempo de aborrecer!
Esos vínculos desata.
Yo amo la sangre y el fuego.
¡No tengas lástima, Diego, (Con fiereza.)
recuerda que eres pirata!

ISABEL. ¡Ah!... ¡Qué horror!...

ALC. Noble interés (Rápido.)
por ella el alma sintió...
Ó es libre, Molina... (Con decision.)

MOL. (Resuelto y récio.) Nó!

ALC. (Poniendo mano á la espada.)
Ó muerto caes á mis piés.

MOL. ¡Sea!

ISABEL. (Interponiéndose entre ambos á tiempo que van á desenvainar y acometerse.)
¿Y bajo estas sagradas
bóvedas?... ¡Teneos, villanos!
¡No deslumbre en vuestras manos
el fulgor de las espadas!
(Molina y Alcacer se detienen.)
¿Eres tú, con rabia inmensa, (Á Alcacer.)
el que ampararme pretende?...
(Con orgullo despreciativo.)
¡Morisco... si hasta me ofende
que salgas á mi defensa!

ALC. ¡Isabel!... (Grito.)

MOL. (Con gozo frenético.) ¿Oyes?

ALC. (Abrumado por el desprecio de Isabel, ocultando el rostro entre las manos y con desesperacion.)
¡Oh!

ISABEL. (Á Alcacer.) Dame
la muerte, que la prefiero.

MOL. (Á Alcacer, que permanece inmóvil.
¿Oyes?

ISABEL. ¡Ni la vida quiero
deber á un pirata infame!

MOL. (Á Alcacer, sarcásticamente y lleno de júbilo.)
¡Defiéndela todavía!

ALC. (Con una cólera cada vez más creciente.)
¡Tú misma te has sentenciado!

Tú, Isabel, has despertado
el furor que aquí dormia.
Tu orgullo feroz provoca
mi olvidada indignacion...
¡Si es mármol tu corazon
el mio se ha vuelto roca!
Estas naves solitarias
serán el sepulcro vuestro...
Con su resplandor siniestro
las antorchas incendiarias,
muy en breve han de alumbrar
escenas de sangre y muerte...
¡Mujer... maldice la suerte (Transicion.)
que te trajo á este lugar!

ISABEL. ¡Diego!

MOL. ¡Valor!

ALC. (Á Molina.) Porque fuí
su esclavo, piensa que soy
lo que ántes... Te engañas. Hoy (Á Isabel.)
me rebelo contra tí.

ISABEL. ¡Me espantas!

MOL. Diego Alcacer,
no la debes perdonar.

ALC. ¡Si ya no es tiempo de amar,
que es tiempo de aborrecer!

ISABEL. ¿Qué intentas?

ALC. ¡Tú lo preguntas!

MOL. Despréndete de su hechizo.
¡Si mil afrentas te hizo,
vuélveselas todas juntas!

ALC. ¡Sí, sí!

ISABEL. ¡Diego!

ALC. (Á Molina.) ¿No es verdad
que ella no tiene derecho
ni á suplicarme?... Mi pecho (Á Isabel.)
se ha cerrado á la piedad.
Nos vengarémos, Molina.

ISABEL. (Yo le afrenté.... ¿Qué hice yo?) (Acentúese.)

ALC. (En el colmo de la exasperacion más violenta.)
Esa que el mundo admiró
por su hermosura divina,
esa cruel, esa ingrata,

despreciada se verá...
Tú lo dijiste... ¡Será
esclava vil de un pirata!
(En este momento se oye dentro la voz de Alamin como pidiendo socorro.)

ALAMIN. (Dentro.) ¡Molina!
MOL. ¿Escuchaste?
ALC. Sí...
MOL. Es de Alamin esa voz... (Pausa.)
ALAMIN. (Dentro.) ¡Molina!
MOLINA. Corro veloz
á su encuentro... Queda aquí.
(Váse precipitadamente por el arco del corredor bajo de la derecha. Isabel sostiene una terrible lucha consigo misma, que demostrará por medio de ademanes, triunfando, por último, el amor del orgullo.)

ESCENA IX.

ALCACER, ISABEL.

ISABEL. ¡Sálvame! (Estúdiese esta frase.)
ALC. ¡Yo!
ISABEL. ¡Por nuestro amor!
ALC. ¡Se atreve
á pronunciar esa palabra!... Calla,
que el volcan, escondido entre la nieve,
si más te escucho, abrasador estalla.
ISABEL. ¡Diego... Diego!
ALC. ¡Suspiros á los vientos
ha sido en tí el amor! No he de escucharte.
ISABEL. ¿Por qué me mandarán dos sentimientos,
el uno aborrecerte, el otro amarte?
¡Si tú, Diego, supieras!...
ALC. ¿Qué hondo abismo
hay en tu corazon?
ISABEL. ¡Lucha terrible!
ALC. ¿Amar y aborrecer á un tiempo mismo?
No lo comprendo yo... ¿Será posible?...
¿Fueron, tal vez, mentidos tus enojos,
mentidas las injurias que á porfía

brotaron de tus labios?...

ISABEL. (Con explosion.) ¿En mis ojos
no estabas conociendo que mentía?
Ofensas que en mis labios escuchaste
mis ojos en silencio han redimido
con sus lágrimas... Diego... ¡Y tú pensaste
que te pude olvidar!... ¡Y lo has creido!

ALC. ¡Soy... morisco!

ISABEL. ¡No importa!

ALC. Yo te infamo
con este loco amor...

ISABEL. Mi alma te adora.

ALC. Soy... ¡un pirata vil!

ISABEL. ¡Y yo te amo!

ALC. (En el colmo de la felicidad.)
¡Isabel mia!... ¡Oh muerte, ven ahora,
llévanos á los dos!
(Óyense voces y ruido de armas, y á través de la verja del foro se ven combatir á cristianos y piratas.)

ISABEL. ¡Mira!

ALC. ¡Ah!... Me aterra
esa vision fatal!... ¡Soñando estaba!
Subí hasta el cielo, desperté en la tierra...
¡Horrible realidad!... ¡Yo la olvidaba!

ISABEL. Míralos combatir...

ALC. ¡Vencen los mios!
¿Por qué no vencerán los castellanos,
y te salváras tú?

ISABEL. Ya esos impíos
se acercan...

ALC. (Desnudando la espada para defenderla.)
¡Moriremos!... ¡Los cristianos!

ESCENA X.

DICHOS: BLANES, TORRELLAS y SOLDADOS, por el foro.

ISABEL. ¡Padre!

TOR. ¡Hija mia!

ALC. (¡Isabel!)

TOR. Han de morir, por mi nombre

te lo juro... ¡Aquí este hombre!
Prendedle, que es un infiel.
(Los soldados desarman y prenden á Alcacer.)
Hija, si tardo en venir
y auxilio á Blanes no doy,
te pierdo sin duda hoy.

BLANES. ¡Pronto! ¡Á Valencia!

TOR. (Á Alcacer.) ¡Á morir!

ISABEL. ¡Nó, padre!

TOR. ¡Isabel!

ISABEL. ¡Piedad!

TOR. ¡Lloras!... (¡Sospecha crüel!
¡Qué deshonra!) ¿Tú... Isabel...
le amas?

ISABEL. ¡Padre!

ALC. No es verdad.
Es la angustia, es el temor
cuanto en Isabel notais,
es todo lo que querais...
es todo... ménos amor.

BLANES. (Observando á Isabel.)
(¡Ah, llora! Le ama.)

ISABEL. ¡Inhumanos,
piedad!

ALC. ¡No existe en la tierra!
¡Maldito quien mueve guerra
entre dos pueblos hermanos!
(Al tiempo de disponerse todos á partir formando el cuadro que la situacion reclama, cae el telon rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Playa del Grao.—Al foro el mar, contenido por un muelle de piedra de forma irregular y antigua.—Á la izquierda, en segundo término, desemboca una calle del pueblo del Grao, formando su esquina derecha una casa grande, con la puerta abierta, viéndose parte del zaguan.—Los demás términos de la izquierda son continuacion de la playa.—El lado de la derecha es campo.—Es de noche.—Sobre el muelle, y en la puerta de la casa, se verán algunos soldados de los tercios haciendo centinela.—Los otros términos de la izquierda estarán guarnecidos por un cordon de soldados.—En el lado de la derecha habrá tambiem centinelas.—Al alzarse el telon aparecen en el centro de la escena Torrellas y Blanes.

ESCENA PRIMERA.

TORRELLAS, BLANES.

TOR. Todo reposa tranquilo,
nada en el campo se mueve.
Los moriscos, resignados,
esperan que el alba llegue
para dejar este suelo,
en los rápidos bajeles (Señala al foro.)
que en su espalda turbulenta
el Mediterráneo mece.

BLANES. (Con acento grave y triste, señalando la casa de la izquierda.)
Y allí tres hombres aguardan
que el sol á brillar comience,
porque su rayo primero
es la señal de su muerte.

TOR. ¡Los piratas!

BLANES. Sí.

TOR. Don Juan,
siendo, como sois, el jefe
de este campo, bien pudiérais
hacer que en término breve
se cumpliera la justicia,
que, si es pronta, es más solemne.
Apresurad el momento
de la ejecucion.

BLANES. No deben
morir hasta que la hora
que ha fijado el virey suene.
(Óyense algunos martillazos, sobre madera, sordos y sucesivos, por la derecha.)

TOR. ¿Escuchais?

BLANES. Ese ruido,
alzando un eco doliente,
anuncia que ya el cadalso
se ha levantado.

TOR. ¿Sí?

BLANES. ¡Vedle!
(Señala á la derecha.)

TOR. Entónces, mejor sería
que, sin tardanza, muriesen,

BLANES. Sabeis, Torrellas, que anoche,
vencidos ya los rebeldes,
el convento abandonamos
y á Valencia con la gente
dimos la vuelta. Dispuso
el virey que se cumpliese
la justicia, y que en la playa
del Grao, para que escarmienten
esos moriscos, que esperan
el embarque, se pusiese
el cadalso: para todo

me dió cumplidos poderes.
Con los tristes prisioneros
vine al Grao, sin detenerme
un instante... Aquella casa,
segura, espaciosa y fuerte,
tomé para alojamiento:
custodian soldados fieles
sns cuevas, que á los piratas
sirven de cárcel.

TOR. (Insistiendo.) Creedme...

BLANES. Irán al cadalso al punto
que el sol á lucir empiece:
eso me mandó el virey
y tengo que obedecerle.

TOR. (Contrariado y cambiando de idea.)
Está bien. ¡Cómo esas naves
que en las olas se adormecen,
y anoche al puerto llegaron
en busca de esos infieles,
me regocijan!... Hoy salen
los últimos... Hoy alegre
los he de ver de mi España
despedirse para siempre.

BLANES. Ellos se van... y ¿habeis visto
(Con sentimiento.)
lo que en España sucede?
Las villas y las ciudades
mudos desiertos parecen:
los campos, que eran fecundos,
se han vuelto secos y estériles.
En ellos ya no se escuchan,
cuando la tarde oscurece,
melancólicos cantares
de labradores que vuelven,
cansados de sus faenas,
á su pacífico albergue.
Cuadrillas de bandoleros
los recorren; roban, prenden
y matan á los moriscos
que al mar á embarcarse vienen.

TOR ¿Nuestro virey, en un bando,
me ordena que los respeten,

y que muriera por ello
el que daño les hiciere?

BLANES. Sí, Torrellas; pero algunos
que confunden torpemente
nuestra fe santa y divina
con el fanatismo, suelen
cazarlos como á las fieras
que en los montes se guarecen.
Y muchos cristianos viejos,
de un celo que es tan ardiente
como fatal, animados,
todos los niños que pueden
les quitan... De las galeras
los capitanes crueles
á los moriscos ahogan
robándoles cuanto tienen.

TOR. ¡Raza indigna y miserable!
Ese castigo merece
por su herejía...

BLANES. Torrellas,
todos al fin se someten.
Ayer Turigó á Valencia
llegó preso: puede verse
hoy su cabeza en la puerta
llamada de San Vicente.

TOR. El bando de proscripcion
se cumple. Ya los vireyes
de Aragon, de Andalucía,
de cuantos reinos comprende
España, el famoso edicto
promulgan, y diligentes
obligan á los moriscos
á que de España se alejen.
¡Gloria al rey!

BLANES. Tambien á Lerma (Con ironía.)
y á otros mil, que se enriquecen
con las haciendas vendidas
de los moriscos... ¿Y es este (Con amargura.)
el celo de que se precian?

TOR. ¡Blanes!

BLANES. (Dando un córte rápido al diálogo.)
Basta. Que se apresten

los soldados. Terminada
que sea la justicia, empiece
el embarque, y al que osado
á un morisco se atreviere,
ahorcadle luégo. (Enérgico.)

TOR. Sería
importuno...

BLANES. ¡Obedecedme! (Con imperio.)

TOR. (¡Qué soberbio!)

BLANES. Todo el campo
recorrereis prontamente.
Llevad á los capitanes
mis órdenes.

TOR. (Refrenando su ira.) Sois el jefe...
y obedezco.

BLANES. Id.

TOR. Al momento.

BLANES. Dios os guarde. (Despidiéndole.)

TOR. Con vos quede.
(Váse por la izquierda.)

ESCENA II.

BLANES.

Me hace daño su alegría.
¡Qué feroz júbilo siente!
Ni la vista aterradora
del cadalso le conmueve.
Yo espero... y espero en vano.
El que aguardo no parece.
¿Qué atraccion tan misteriosa
hácia esos hombres me impele?
¿Por qué salvarlos deseo?
Porque son hombres que mueren
en las aras de una idea
que abriga tambien mi mente.
La impaciencia me consume...
¡Oh, si el virey no accediese!
¡Leiva!

ESCENA III.

DICHO, LEIVA, primer término de la derecha.

LEIVA. Don Juan...
BLANES. (Rápido.) ¿Ha llegado
algun mensajero?
LEIVA. Quieren
hablaros dos encubiertas.
En largos mantos se envuelven...
BLANES. ¿No las habeis conocido?
¿Quiénes son y qué pretenden?
LEIVA. Es una doña Isabel
de Torrellas, la otra...
BLANES. (Interrumpiéndole.) Que entren
aquí al momento: que todos
el paso libre les dejen.
(Váse Leiva por donde salió.)

ESCENA IV.

BLANES, á poco ISABEL y TEODORA.

BLANES. ¡Aquí Isabel!... ¡Á estas horas!
¿Cómo pudo resolverse?
Si su padre... ¿Por qué siento
que venga Isabel á verme?
(Salen Isabel y Teodora por el primer término de la derecha. Isabel trémula, conmovida, apoyándose en Teodora.)
ISABEL. Blanes...
TEOD. Don Juan...
BLANES. (Á Isabel.) Sosegaos.
¿Qué quereis?
ISABEL. Yo...
TEOD. Aunque lo intente
no hablará... Nuestra presencia
aquí de fijo os sorprende.
BLANES. Vuestro padre os dejó anoche (Á Isabel.)
en la ciudad.
TEOD. Fué prudente

resolucion.

BLANES. Y en su casa...

ISABEL. Sí, mas...

TEOD. Para enternecerme
y conseguir que hasta el Grao
la acompañase, mil veces
lloró y suplicó á su dueña
esta noche... Yo fuí débil...
y aquí estamos porque...

ISABEL. Basta.

(Blanes é Isabel no aciertan á entablar el diálogo, y mientras duran sus cavilaciones, dice Teodora el aparte siguiente, que debe marcar mucho.)

TEOD. (Yo buscaré á don Vicente
y le diré cuanto ocurre...
¡Mi señora ama á un hereje!)

ISABEL. Blanes...

BLANES. Isabel, comprendo,
por mucho que á mí me pese,
el sentimiento que os guía
á este lugar... ¿Qué os detiene?

ISABEL. Á solas quisiera hablaros.

BLANES. Sea.

TEOD. (Haga Dios que le encuentre.)

ISABEL. Retírate allí, Teodora. (Señala la izquierda.)

TEOD. (Buena ocasion se me ofrece.)

(Aléjase un poco, y luégo, convencida de que no la observan, váse por la izquierda.)

ESCENA V.

BLANES, ISABEL.

BLANES. Isabel...

ISABEL. Blanes, quisiera...
quisiera... pero no puedo
decíroslo... Tengo miedo...
¿Á quién el cadalso espera?

BLANES. Isabel...

ISABEL. Allí, enlutado,
entre las sombras lo veo...
¡Ah!

BLANES. (¡Desventurada!)

ISABEL. Creo
mirarlo ya ensangrentado.
Sordos golpes escuchaba
cuando aquí me dirigía,
y cada golpe que oía
en mi pecho resonaba.
Presa de mortal delirio,
que ahora recuerdo temblando,
allí ví á un hombre expiando
sus culpas con el martirio.
Luego miré de aquel hombre
en tierra el cadáver yerto...
¡Vagaba, áun despues de muerto,
entre sus labios mi nombre!

BLANES. ¡Nunca debísteis venir!
¿Sabeis lo que vais á ver?

ISABEL. ¿Sabeis que es Diego Alcacer
el hombre que va á morir?
¿Sabeis que nada detiene
el torrente de mi amor,
que no muero de dolor
porque el dolor me sostiene?

BLANES. Señora...

ISABEL. ¿Sabeis que lloro,
cual nunca he llorado, al ver
que ahora le voy á perder,
al tiempo que más le adoro?

BLANES. (Sintiéndose herido, á pesar suyo, por esta declaracion.)
¡Isabel!...

ISABEL. (Comprendiendo el sentimiento de Blanes.)
Teneis razon.
Decíroslo no debía...
Yo me olvidé de que hería
vuestro noble corazon...
¡Perdonadme!

BLANES. ¡Yo!... señora...
¡Cuánto le debeis amar!
Envidio al que va á espirar
así que brille la aurora.

ISABEL. Blanes... ¿Tan pronto?... ¡Ay de mí!

BLANES. Mi fortuna bendiciendo
muriera, Isabel, sabiendo
que me lloraban así.
ISABEL. Y... ¿no hay esperanza?...
BLANES. Nó.
ISABEL. Y... ¿ha de morir?
BLANES. Morirá.
ISABEL. ¿Dónde se encuentra?
BLANES. Allí está.
ISABEL. Y... ¿quién le custodia?
BLANES. Yo. (Pausa corta.)
Me manda un deber impío
disponer su fin siniestro,
y herir el corazon vuestro
es tambien herir el mio.
ISABEL. Allí está... ¡desventurado!
y me maldice quizá
viendo que á la muerte va
y yo no estoy á su lado.
Cuando al mundo el sol alumbre
y el plazo fatal espire,
y él, desde el cadalso, mire
la apiñada muchedumbre,
han de buscar, con temor,
sus ojos extraviados,
otros ojos arrasados
en lágrimas de dolor...
¿Y si Diego no pudiese
entre esas gentes hallarme?...
Si no acertára á mirarme...
¡Ay Blanes... si no me viese!
Diría: á morir me obligan
entre estos hombres furiosos,
sin que unos ojos piadosos
hasta el cadalso me sigan.
Creerá que perjura fuí,
que ya no le ama Isabel...
¡Nó... nó... no quiero que él (Desesperada.)
muera dudando de mí!
BLANES. ¿Qué mágia tiene ese acento
que en mi pecho se repite,
y al alma, Isabel, trasmite

vuestro propio sentimiento?
Esas lágrimas sencillas,
de vuestros ojos brotando,
surcos de fuego dejando
están en vuestras mejillas.
Dos que padecen se entienden,
áun siendo su mal distinto:
por un misterioso instinto
se acercan y se comprenden.
El llanto enjúguese ya.

ISABEL. ¡Ah, contenerlo no pude!

BLANES. (Haciendo un grande esfuerzo para vencerse.)
¿No quereis que Diego dude
de Isabel?... No dudará.

ISABEL. ¡Blanes!

BLANES. Le vereis.

ISABEL. (Rápido.) ¿No es falso?
¿He de verle?

BLANES. Pronto, sí.

ISABEL. ¿Dónde? ¿Cuándo?

BLANES. ¿Dónde?... Aquí...
¿Cuándo?... Al marchar al cadalso.
(Pausa larga.)

ISABEL. (Con profunda emocion.)
Y decid... ¿cuando le vea
podré hablarle?

BLANES. Le hablareis.

ISABEL. ¡Noble corazon teneis
que en la piedad se recrea!

BLANES. Bien vuestro llanto merece
que así mi pecho se ablande...
¡Teneis el alma tan grande
que cuanto toca engrandece!
Oyendo lo que decís
mi espíritu transformais,
y amo, Isabel, lo que amais, (Con tristeza.)
y siento como sentís.

ISABEL. ¡Oh... no hay tiempo que perder,
pues de esta noche sombría
ya vendrá la luz del dia
las tinieblas á romper!

BLANES. Molina, con harto afan,

dar quiere un abrazo á Diego...
Benigno escuché su ruego,
aquí se despedirán.
Y ántes de su despedida
le hablareis.

ISABEL. ¿Sí, Blanes?

BLANES. Sí.
Órden daré de que aquí
le conduzcan en seguida.

ISABEL. ¡Oh, gracias!

BLANES. (Al soldado que está de centinela en el segundo término de la derecha)
¡Hola, soldado!
Al capitan de este puesto
avisad que venga presto,
(Váse el soldado por la derecha.)
que el general le ha llamado.
(Acercándose á Isabel.)
Vais á verle.

ISABEL. (Con alegría febril.) ¡Á verle voy!

BLANES. Cálmense vuestros afanes,

ISABEL. ¿Y cómo os pagaré, Blanes,
lo que por mí hícisteis hoy?

BLANES. Una prueba os pude dar
de que era mi amor profundo...
(Con mucho sentimiento, y demostrando más afecto del que quisiera significar.)
¿Quién sabe si ya en el mundo
nos volveremos á hallar?
(Reconcentrado y como si hablára para sí.)
¿Quién sabe si esas crueles
ondas del mar irritado,
cruzaré desesperado
en uno de esos bajeles?

ISABEL. Si os vais, de la nave en pos
irá una plegaria...

BLANES. (Con alegría triste.) ¿Es cierto?

ISABEL. ¡Cuando rece por el muerto
tambien rezaré por vos!

ESCENA VI.

DICHOS, LEIVA, seguido del soldado, que vuelve á ocupar su puesto.

BLANES. (Dirigiéndose á Leiva, y procurando que no le oiga Isabel, quien le mira con ansiedad.)
Leiva, al punto, á este lugar
traereis á Diego Alcacer...
(Y cumplid vuestro deber (Bajando la voz.)
haciéndole vigilar.)
Permitid que esta señora
á solas hable con Diego...
(Traereis á Molina luégo,
cuando se acerque la hora...)

LEIVA. Está bien.

BLANES. Me respondeis
de todo, Leiva.

LEIVA. Señor...

BLANES. Confio en vuestro valor.
Vos mismo los llevareis (Márquese mucho.)
al cadalso. Id.
(Váse Leiva y entra en la casa de la izquierda.)
Los acentos (Á Isabel.)
ahogad de afliccion tan dura,
y no aumenteis la amargura
de sus últimos momentos.
Sola os dejo. Mi presencia
es enojosa. Dios siga
dándoos fuerza.

ISABEL. ¡Él os bendiga!

BLANES. (Yéndose por la derecha.)
(¡Y no vienen de Valencia!)

ESCENA VII.

ISABEL.

¡Voy á verle!... ¿Y tú, Isabel,
qué harás, qué harás cuando muera?
No lo sé... ¡Si yo pudiera

ir á la muerte con él!
(Asomándose al lado de la derecha.)
Allí la plebe se agita;
sin que el cadalso la asombre,
viene á ver morir á un hombre
que es de una raza maldita.
¡Maldita! ¿Y por qué?... ¿Quizás
el que á todos nos crió
un privilegio nos dió
que no ha dado á los demás?
¿Por qué son tan inhumanos
con esa raza mezquina?
¿No existe una ley divina
que á todos nos hace hermanos?
(Admirándose de sus propios pensamientos.)
¿Qué pasa en mi corazon?...
Á esa raza odié de muerte...
¿Y hoy el odio se convierte
en amor y en compasion?
Mi mente no la rechaza
con orgullo loco y ciego...
y es... ¡ay! porque amando á Diego
amo tambien á su raza.
¿Qué importan mis quejas tiernas?
Su muerte no detendrian...
Hay noches que deberian
no acabarse, ser eternas!

ESCENA VIII.

DICHA, ALCACER.—Sale de la casa, seguido de algunos soldados, que se colocan en el foro vigilándole.

ISABEL. (Viéndole y corriendo hácia él.)
¡Ah!

ALC. (Corriendo tambien hácia ella y dominando luégo su emocion.)
¡Isabel!... Aquí me tienes. (Pausa corta.)
¿Sabes?...

ISABEL. Sí... ¡No ignoro nada!

ALC. Si lo sabes... ¡desdichada!...
si lo sabes... ¿á qué vienes?

ISABEL. Á seguir, con agonía,
tu camino funerario,
como al hijo hasta el Calvario
siguió la Vírgen María.

ALC. ¿Tendrás valor?

ISABEL. No lo sé...

ALC. ¡Ah!... Todo el mio se aterra
porque al partir de la tierra
dejo en ella cuanto amé.
Me espera la muerte...

ISABEL. (Con espanto.) ¡Calla!

ALC. Á ella iré firme, valiente,
como el que á verla de frente
acostumbrado se halla.
Nunca, jamás la he temido,
y ahora, Isabel, tengo un miedo
que yo explicarme no puedo...
Isabel... ¿por qué has venido?
¿Qué mágia tan escondida
hay en tí que ya deseo,
desde el punto en que te veo,
hacer eterna mi vida?
¿Hay más pena?... ¿Hay más horror?...
¡En el instante de verte
hiela en mi boca la muerte
dulces palabras de amor!

ISABEL. Junto á un abismo han nacido
nuestros fugaces amores:
rugieron vientos traidores
y en el abismo han caido.

ALC. Justo es, si bien se repara, (Sombriamente.)
que así vengan á acabar.
Hay entre los dos un mar
de sangre que nos separa.

ISABEL. ¿Qué importa ese mar sangriento
que se encrespa á nuestros piés?
¿Mi pensamiento no es
eco de tu pensamiento?
Al verte víctima aquí
de sus furores impíos,
casi aborrezco á los mios...
porque te matan así.

ALC. ¡Isabel!... Mi angustia calma
de tu amor el puro encanto.
ISABEL. ¡Diego!
ALC. No enjugues el llanto,
que es rocío de mi alma.
Déjalo correr ahora
mientras que yo lo estoy viendo...
Ya podré morir diciendo:
ahí queda un ser que me llora.
(Estrechándole las manos con mucha ternura.)
Y dime... ¿cuando sucumba,
irá una mujer amada
á ver la losa ignorada
de mi solitaria tumba?
¿Y se alzará en su memoria
la imágen del bien perdido,
y dirá un nombre querido
que le recuerde una historia?
¿Y esa historia al recordar,
el sepulcro contemplando,
dirá esa mujer llorando,
yo no le puedo olvidar?...
(Isabel, muda por la emocion, hace señales afirmativas.)
Entónces... ¡ah!... fugitivos
se oirán rumores inciertos...
Sí... ¡Las almas de los muertos
hablan con las de los vivos!
ISABEL. ¡Diego!
ALC. Mi fin está cerca.
La existencia, Isabel mia,
á uno de otro alejaría...
y la muerte nos acerca.
He comprendido el extremo
de tu amorosa ternura...
¡Con la suprema ventura
llega el instante supremo!
ISABEL. ¿Comprendes cuánto amor arde (Desesperada.)
aquí en mi pecho escondido?...
¡Yo tambien lo he comprendido!
ALC. Isabel...
ISABEL. ¡Pero muy tarde!

Por no escuchar mi pasion
le puse horrible mordaza;
por el orgullo de raza
la ahogaba en mi corazon.
En mi delirio insensato
te desprecié... Tú partiste...
Desesperado corriste
á combatir... ¡Yo te mato!

ALC. Isabel...

ISABEL. Yo, que insensible
fuí de tu pasion al grito...
¡Grande ha sido mi delito,
mas la expiacion es terrible!

ALC. (Tratando de consolarla.)
No, Isabel, tú no me matas,
por tí al cadalso no voy...
Acuérdate de que soy
uno de tantos piratas.
Te atormentas sin razon...
¡Bien sabes tú que yo muero
porque obedecer no quiero
el edicto de expulsion!
Huye... pronto.

ISABEL. (Con firmeza.) Nó, nó. Aquí
quiero apurar este horror.

ALC. ¡Te va á faltar el valor...
y me va á faltar á mí!

ISABEL. No... déjame... Yo quisiera
ir de tu espíritu en pos...
¡Yo deseo que á los dos
un mismo golpe nos hiera!

ALC. Si á abandonarme te opones,
¿no ves que, á nuestro despecho,
van á romperse en el pecho
nuestros pobres corazones?

ISABEL. ¿Y qué me importa la vida?

ALC. (Señalando al foro, por donde comienza á asomar la luz del alba, y con suma angustia.)
¡Apresúrate, señora,
que ya ha llegado la hora
de la postrer despedida!

ISABEL. (Mirando tambien hácia el foro.)

(¡Qué funesto resplandor!)

ALC. (¡Asoma el alba serena!)

ISABEL. (¡Oh, si matára la pena!)

ALC. (¡Oh, si matára el dolor!)

(La luz del alba indecisa y ténue, comienza á reflejarse en el mar, y á esclarecer la escena, tomando intensidad gradualmente hasta que se marque la salida del sol.—Mientras Isabel y Alcacer contemplan el alba, sale de la casa Molina, seguido de soldados, que lo dejan en el centro de la escena y se retiran al foro, uniéndose á los que salieron custodiando á Alcacer.)

ESCENA IX.

DICHOS, MOLINA, SOLDADOS.

MOL. (Dirigiéndose á Alcacer, sin ver á Isabel.)
Diego...

ISABEL. (Ántes de verle, conociéndole por la voz.)
¡Molina!

MOL. (Reconociéndola.) ¡Tú!... Yo te esperaba,
y has venido, mujer... ¡Bien presumia
que el poderoso Alá me vengaría,
si yo sólo vengarme no lograba!

ISABEL. ¿Es posible?...

ALC. Molina... ¿te abandonas
á un odio inextinguible en tal momento?

ISABEL. ¡Alimenta el rencor su pensamiento!

ALC. Está cerca tu fin... ¿y no perdonas?

MOL. (Despreciativamente, y demostrando la desdeñosa lástima que le inspira la resignacion de Alcacer.)
¡Perdonar!... Hazlo tú, qué al férreo yugo
el dócil cuello inclinarás propicio,
y caminas, tal vez, al sacrificio
bendiciendo la mano del verdugo.
Sigue á la nuestra con tenaz encono
esa raza cristiana aborrecida,
le arrebata la patria con la vida,
y yo, Diego Alcacer, no la perdono.

ALC. ¡Si supieras, Molina!...

MOL. (Á Isabel.) Eres, señora,

tú, de nuestro enemigo la hija amada.
¡Y vives de un morisco enamorada! (Pausa.)
¿Has visto ya el cadalso? (Con calma.)

ISABEL. ¡Diego!

MOL. ¡Llora!
Nos aguarda á los dos. Pronto, conmigo
le mirarás subir... ¡Muero contento!
¿Cuál no será, señora, tu tormento!
Su muerte es mi venganza y tu castigo.
(Reconcentrado y con bárbara alegría.)
Sola, desesperada, desgarrado
tu corazon, verás, á cada instante,
en tu padre el verdugo de tu amante...
¡Qué existencia te espera!... Estoy vengado.

ISABEL ¡Y él, Diego, me habla así!

ALC. Calla, Molina.
Respeta su dolor...

MOL. ¿No me han herido
los suyos en el alma?... ¡Me han vencido
y la arrastro, al caer, en mi ruina!

ALC. Cuando la ves aquí, su odio violento
se deshizo en raudales de ternura...
Tú no puedes subir hasta la altura
de su elevado y noble pensamiento!

MOL. ¿Quizás de nuestra suerte se lastima?

ALC. Aborrece á los hombres despiadados.

MOL. (Con admiracion creciente, dudando de lo que oye, no acertando á comprenderlo.)
¿Y contra los moriscos desdichados
el odio de su raza no la anima?

ISABEL. ¡Nó!... Nó!

MOL. ¿Qué dices?

ISABEL. ¡Nó!

MOL. (En el colmo de la admiracion.) Tú...

ISABEL. No te asombres.
Nada al impulso del amor resiste...
Si amor es la creacion, si en todo existe,
¿por qué no se han de amar todos los hombres?
(Con melancólica ternura y con seguridad.)
Tal vez, un dia, las amigas manos
se tenderán, agenos de rencores,
maldiciendo la guerra y sus horrores

y exclamando á la par... ¡Todos hermanos!

ALC. (Afirmando la idea de Isabel.)
¡Todos hermanos!

MOL. (Subyugado por Isabel, admirado y cediendo á la influencia de ésta, comprendiendo rápidamente lo que no habia comprendido nunca y aceptando la idea.)
¡Sí!... ¡Cómo, señora,
tu generosa idea aquí se imprime!
(Vivamente conmovido, aunque intenta disimularlo.)
¡Oh, perdona mi error!... ¡Mujer sublime!

ALC. ¿Puedes, Molina, aborrecerla ahora?

MOL. (Vencido del todo, á Isabel, ante quien pretende arrodillarse.)
Perdóname...

ISABEL. (Impidiéndoselo.) Levanta.

MOL. (Con satisfaccion y esperanza.) Acaso, Diego,
estéril nuestra muerte ya no sea,
que del fecundo campo de la idea
siempre es la sangre preferido riego.

ALC. (Señalando á la casa de donde comienzan á salir algunos soldados.)
¡Mira! ¡Mira! (Primero á Isabel, luégo á Molina.)

ISABEL. ¿Tan pronto? ¡Desdichado!
¡Ay de mí!

ALC. Isabel mia...

MOL. (Á Isabel con reconocimiento.) Te bendigo.

ALC. (Procurando desprenderse de Isabel, que le detiene estrechándole fuertemente las manos.)
Nos van á separar...

ISABEL. ¡Quiero ir contigo!

ALC. (Expresando la mayor angustia y el amor más frenético.)
¡Para siempre, Isabel!

MOL. (Interponiéndose entre Isabel y Alcacer, tocando á éste en el hombro, ahogando enérgicamente su conmocion y con resignacion y serenidad.)
La hora ha llegado.
(Acaban de salir de la casa todos los soldados, entre los cuales viene Alamin, medio desmayado, reuniéndose á los del foro y formando con ellos.—Leiva sale el último.)

ESCENA X.

DICHOS, ALAMIN, LEIVA, SOLDADOS.

LEIVA. Molina, Alcacer... Venid
al punto... Luce la aurora...
¡Diego!... ¡Diego!

ALC. ¡Adios!

MOL. (Despidiéndose.) Señora...
(¿Por qué no he muerto en la lid?)

ALAMIN. (Entre los soldados.)
¡Molina!

LEIVA. (Á Alcacer, que contempla á Isabel fijamente.)
Mirad que es tarde...

MOL. (Colocándose al lado de Alamin.)
¡Alamin!

ALAMIN. (Medrosamente.) Temblando estoy...
Tú me matas... Por tí voy
al cadalso...

MOL. ¡Alma cobarde!

ALC. (Á Isabel, que no le escucha.)
¡Adios!

LEIVA. ¡Vamos!

MOL. (Viniendo al proscenio y llevando dulcemente hácia el foro á Alcacer, que se deja conducir sin oponer resistencia.)
Vamos...

ALC. Sí.

MOL. ¡Valor!

ALC. (Apoyándose en Molina, y al tiempo de colocarse los dos entre los soldados.)
¡Molina!

(Los soldados, en la formacion conveniente, con Leiva á la cabeza, empiezan á desfilar por el segundo término de la izquierda, con el mayor silencio, yendo Alamin, Molina y Alcacer en el centro de la columna.)

MOL (Á Alcacer, señalando al sitio donde se halla Isabel, y deteniéndose un instante, casi al tiempo de abandonar la escena.)
¡Allí está!

ALC. (Volviendo la cabeza para mirarla por última vez, y haciendo un esfuerzo supremo, al tiempo de entrar por la derecha.)
¡No nos ve!...
(Vánse todos, ménos Isabel, por la derecha.—Los soldados que estaban de centinela en la puerta de la casa, en el lado de la derecha, y sobre el muelle, se han incorporado á la columna, y han entrado con ella por la derecha.—Isabel sale de su abstraccion é insensibilidad, extrañando el silencio que la rodea; mira en derredor suyo y comprende lo que ha sucedido.)

ISABEL. ¡Partieron ya!
(Asomándose al lado de la derecha, con un grito desgarrador.)
¡Diego!... Te sigo... ¡Ay de mí!
(Váse por la derecha.—Oyense dentro murmullos de voces.—La escena queda sola por algunos momentos: despues entran por la izquierda Torrellas y Teodora, buscando á Isabel.)

ESCENA XI.

TORRELLAS y TEODORA.

TOR. ¡No hay nadie!... ¿Y aquí, Teodora,
dices tú que la dejaste?
TEOD. Aquí mismo la dejé
hablando á don Juan de Blanes.
TOR. ¿Y es cierto?...
TEOD. Como os lo dije.
TOR. Teodora... ¿no me engañaste?
TEOD. Nó, señor... Yo me horrorizo.
¡Si la Inquisicion lo sabe!
TOR. ¡De un morisco enamorada!
Bien hiciste en avisarme.
TEOD. Cumplí mi deber...
TOR. ¡Oh, tema
mi indignacion!... Que no aguarde
piedad.
TEOD. Yo voy á buscarla.
¿Lo permitís?

TOR. Vé al instante.
(Váse Teodora por la derecha.)
Y yo aquí, solo, esperando
me quedo. Juro encontrarte,
Isabel, hija que manchas
estas canas venerables...
(Suenan dentro, por la derecha, confusos murmullos de voces.)
¿Qué rumor?...
(Acercándose á la derecha y mirando adentro.)
Allí distingo...
Allí...
(Repítense los murmullos, pero más acentuados que la vez anterior.)
¡Una cabeza cae! (Pausa.)
La enseña el verdugo al pueblo...
Mi rencor se satisface.

ESCENA XII.

DICHO, ISABEL.

ISABEL. (Entrando por la derecha, horrorizada.)
¡Ah!
TOR. ¡Isabel! ¡Hija!
ISABEL. (Apoyándose en Torrellas.)
Las fuerzas
me abandonan... ¡Padre, padre!...
¡Qué horror!...
TOR. (Rechazándola.) ¡Aparta!
ISABEL. (Sin notar el desvío de su padre, preocupada por el cuadro que le representa su imaginacion.)
El cortejo
lúgubre seguí anhelante,
hendiendo esa muchedumbre
que, al mirarlo, se complace.
El pregonero decia:
quien tal hizo que tal pague.
Ya vienen los sentenciados, (Rapidez.)
repiten por todas partes,
y los sentenciados llegan
al patíbulo infamante.

Entre roncas maldiciones,
resonando por los aires,
subió Molina al cadalso
con esforzado semblante.
Hermanos, dijo, os perdono.

TOR. ¿Eso dijo? (Admirado.)

ISABEL. ¡Perdonadme!
¡Calló... y el verdugo entónces
descargó el hacha brillante,
que, alzándose enrojecida,
dejó en el suelo un cadáver!
(Con profundo sentimiento y espanto. Pausa larga.)
Huyo aterrada... Valor
no siento para quedarme
á presenciar el suplicio
de Diego Alcacer...

TOR. (Con desprecio.) ¡Tu amante!
Lo sé todo. Ese pirata,
ese hereje miserable,
morisco al fin, que odio sólo
debió, Isabel, inspirarte,
hizo brotar en tu pecho
la llama de un amor...

ISABEL. (Enérgica y dolorosamente á un tiempo.)
¡Grande,
inmenso como ninguno,
y desdichado!

TOR. (Con ira.) ¿No sabes
que tu raza, que tu ley,
que tu nobleza envidiable
y la voluntad paterna,
diciendo están: no le ames?

ISABEL. Sí... sí lo sé... Yo he luchado (Desesperada.)
contra mi pasion... En balde,
porque los gritos del alma,
diciéndome estaban: ámale.
¡Y le amé!

TOR. (Irritado.) ¡Pero es un crímen
esa pasion! Ultrajaste
mi nobleza...

ISABEL. ¡Todavía
le aborreceis!... ¡Ah. . ¡Miradle!

(Se acerca á la derecha y mira hácia dentro.)
Sube al cadalso...

TOR. ¡Que expie
su delito abominable!

ISABEL. (Reconviniéndole amargamante.)
¡Ellos muriendo perdonan,
y vos ni en tan duro trance
los perdonais!

TOR. (Luchando con sus propios pensamientos.)
Son... moriscos.

ISABEL. (Sin dejar de mirar hácia la derecha.)
Son hombres... y son iguales
á los demás... ¡Tambien tienen
hijos, esposas y madres!
¡Y ellos dicen: perdonamos,
y contestais: sangre, sangre!

TOR. ¡Hija!... ¿Por qué tus palabras
me hacen dudar?...
(Queriendo arrancarla del sitio donde se halla.)
Ven...

ISABEL. (Resistiéndose.) ¡Dejadme!

TOR. Aparta, Isabel, los ojos
de aquel sitio...

ISABEL (Con firmeza.) Nó, me atrae
ese horror...

TOR. (Consiguiendo separarla de aquel sitio, llevándola hácia la izquierda y mirando él hácia la derecha.)
¡Ven!... Ya el verdugo
el hacha, que dejó ántes,
toma de nuevo...

ISABEL (Intentando correr al lado derecho.)
¡Ah!

TOR. (Deteniéndola, ocultándole con su cuerpo la vista del cadalso y con acento de terror.)
¡No mires...
no mires... hija!
(Suenan dentro, por la derecha, murmullos de voces como al final de la escena anterior, pero más perceptibles. Luégo redobles lejanos de tambores, que cesan á los pocos momentos. Isabel inclina la cabeza sobre el pecho de su padre. Pausa larga.)
¿Escuchaste?

ISABEL. ¡Sordos rumores anuncian
el mayor mal de mis males!
¡Si me atreviera á mirar
el cadalso!...
(Acércase á la derecha y figura que lo contempla.)
¡En él no hay nadie!
(Llorando desgarradoramente.)
¡Diego!... ¡Ha muerto!

TOR. (No sabiendo si se alegra ó lo siente.)
¡Ha muerto!

ISABEL. (Con una cólera y dolor inmensos.) Sí.
Ya estais satisfecho, padre...
Otro falta... Muy en breve
los seguirá... ¡Contempladle!

TOR. ¡Hija!

ISABEL. Él ha muerto... ¿y yo vivo?
¡No puede ser!
(Viendo salir á Alcacer y á Blanes.)
¡Diego!

TOR. ¡Blanes!

ESCENA XIII.

DICHOS, ALCACER, BLANES, que trae un pliego escrito en la mano, por la derecha.—Alcacer viene pausado y sombrío.—Blanes precipitado.

BLANES. ¡Señora!...

ALC. ¡Isabel!

ISABEL. (Dudando de lo mismo que ve.)
¿No ha muerto?
¿No es engaño?... ¿No es ficcion?

BLANES. (Mostrando el pliego, que da á Torrellas.)
Aquí teneis su perdon.

ISABEL. ¿Su perdon?

TOR. ¿Es cierto?

BLANES. Es cierto.

ISABEL. ¡Diego! (Llamándole.)

ALC. Isabel...

ISABEL. (Hasta que no le oye hablar no se convence de que vive.)

¡Vive, sí!
¡Oh júbilo!... Dios me oyó...
¿Quién tu perdon consiguió?

ALC. Él. (Señalando á Blanes.)

ISABEL. ¡Vos!

BLANES. (Con naturalidad y rapidez.)
Yo lo conseguí.
Anoche mismo, en Valencia,
puse el empeño más vivo
en que el virey compasivo
revocára la sentencia.
Otorgadles el perdon,
dije al virey, sed clemente:
condenadlos solamente
á la terrible expulsion.
Los moriscos agrupados
en la playa, con enojos
mirarán que ante sus ojos
perecen los desdichados...
De otra rebelion, quizás,
darán el grito atrevido...
¡Bastante sangre ha corrido,
haced que no corra más!
Eso dije...

ISABEL. (Admirada.) ¡Accion piadosa!

TOR. ¿Vos fuísteis?...

BLANES. (Con tristeza.) Yo. Comprendia
que así Isabel lo queria...

ISABEL. ¡Alma noble y generosa!
(Con reconocimiento.)

BLANES. Díjome el virey: preciso
es meditar, y no poco,
el consejo. Si revoco
la sentencia, os daré aviso.
Vine al campo... Ya asomaba
la ténue luz de la aurora...
Sonó la funesta hora,
y nadie, nadie llegaba.
Subió Molina el primero
al cadalso...

TOR. Murió allí.

BLANES. Á Diego subiendo ví,

cuando llegó un mensajero.
(Con satisfaccion y alegría.)
Era el perdon... En seguida,
¡perdon! esclamé veloz...
¡y se interpuso mi voz (Con solemnidad.)
entre la muerte y la vida!

ISABEL. ¡Gracias, gracias!

ALC. (Á Blanes.) Noble amigo,
¿por qué me hicísteis vivir?

BLANES. Vamos, Diego.

ISABEL. ¿Va á partir?

BLANES. Para el África... Conmigo.

ISABEL. ¡Ninguna esperanza queda!

TOR. ¿Os vais?

BLANES. Cual buen español,
sigo al Conde del Buñol,
al de Alamás y Maqueda;
que, como sabiendo están
que á los desterrados dañan,
los protegen y acompañan
hasta el sitio adonde van.

TOR. ¿Es posible?

ISABEL. Á hablar no acierto.

TOR. (¿Yo á perdonar me resisto?)

ALC. De cerca la muerte he visto
y he sentido no haber muerto.

ISABEL. ¿Qué dices, Diego?

ALC. Isabel,
allí queda un cuerpo frio.

BLANES. ¡Molina!

ALC. El perdon...

ISABEL. ¡Dios mio!

ALC. Llegó tarde para él.
¿Qué me importa ese perdon?

ISABEL. ¡Diego!

ALC. De espanto me llena.
Han conmutado mi pena
en la pena de expulsion.
Iba sereno á espirar...
todo con la muerte acaba...
¡Y lo que allí terminaba
vuelve otra vez á empezar!

ISABEL. ¡Calla!

ALC. Del suelo español
es necesario partir...
(El sol ilumina suavemente el mar y parte de la escena.)

BLANES. El sol comienza á lucir...

ISABEL. (Con desesperacion, volviendo el rostro al foro.)
¡Detente!... ¡No luzcas, sol!

ALC. Yo maldigo el beneficio
que hoy ha trocado mi suerte...
¡Sigo condenado á muerte,
aunque es distinto el suplicio!

ISABEL. Diego, mi dolor no agraves.
(Los soldados que guarnecen los términos de la izquierda se van por los mismos.—Suenan por la izquierda, confusamente, rumores de gritos y lamentos.—Una lancha tripulada por soldados atraca en el muelle.)

TOR. (Á Blanes, señalando á la izquierda.)
¿Veis?... embarcándose están
los moriscos.

BLANES. Sí, se van.

ALC. Isabel... ¡Se van las naves!
Les da, con revueltos giros,
el viento celeridad...
y estalla una tempestad
de lágrimas y suspiros.
Van unas de otras en pos...
¡Y el paso el mar no les niega! (Pausa.)
El rumor que hasta aquí llega
dice... ¡adios... adios... adios!

ISABEL. ¡Ah!

ALC. Yo tambien partiré,
cruzando ese mar profundo,
y á cuanto quiero en el mundo
para siempre... ¡adios!... diré.

ISABEL. ¡Tú vas á vivir muriendo,
yo voy á enterrarme en vida!

ALC. ¡Isabel!... ¡Prenda querida!

BLANES. Vamos ya...

TOR. (Conmovido y respondiendo á sus pensamientos.)
(¿Qué estoy sintiendo?)

BLANES. (Sombríamente y con amargura.)
Los tres una maldicion
á la expulsion arrojamos.

TOR. (Despues de una lucha interior, en la que han salido vencidas sus antiguas ideas, con grande emocion.)
¡Nó... Blanes!... ¡Los cuatro estamos
maldiciendo la expulsion!

ISABEL. ¡Padre!

BLANES. ¡Vos!

ALC. ¡Él!

TOR. Sí. Mi encono
se ha deshecho, se ha extinguido...
La verdad he comprendido...
(Con solemnidad y enternecimiento.)
¡Yo soy cristiano... y perdono!

ISABEL. ¡Padre!

TOR. ¡Hija del corazon! (Abrazándola.)

ISABEL. ¡Siento una pena infinita!

ALC. ¡Maldita expulsion!

ISABEL. ¡Maldita!

BLANES. Sí.

TOR. Sí.

ALC. ¡Maldita expulsion!

BLANES. Vamos ya, Diego Alcacer.

ISABEL. (Queriendo detener á Alcacer.)
Nó...

ALC. Recogen nuestras almas
hoy del martirio las palmas...

TOR. ¿Y le pude aborrecer?...

ISABEL. ¡Yo con mi llanto las riego!

BLANES. Venid, venid. (Á Alcacer.)
(Aproxímanse al muelle Blanes y Alcacer seguidos de Isabel y Torrellas.)

ISABEL. ¡Y se va!

BLANES. (Profundamente conmovido, despidiéndose de Isabel.)
Señora... ¡adios!

ISABEL. (Procurando despedirse de Blanes y haciendo inútiles esfuerzos para vencer su emocion.)
¡Blanes!... ¡Ah!

BLANES. (Abrazando á Torrellas.)
¡Adios!
(Pónese sobre el muelle y desde allí salta á la barca

tripulada por soldados, que se disponen á hacer uso de los remos.—Blanes permanece de pie en la barca.—Alcacer, Isabel y Torrellas se han colocado tambien sobre el muelle.)

ALC. (Á Torrellas, que le despide amistosamente.)

¡Adios!

(Á Isabel ahogadamente y de un modo supremo.)

¡Adios!

(Salta á la barca, donde permanece de pie.)

ISABEL. (Llamándolo y cayendo desfallecida en los brazos de su padre.)

¡Diego!

ALC. (Desde la barca, con desesperacion.)

¡Isabel!... ¡Muriendo estoy!
¡Adios, tierras españolas!
(La barca empieza á alejarse.)
¡Vientos, tempestades, olas,
hundid la nave en que voy!

FIN DEL DRAMA.

SEÑORITA DOÑA GERTRUDIS CASTRO.

Mi estimada amiga: Seguro estoy de que su maravilloso talento y la grande inspiracion artística de mi excelente amigo D. Pedro Delgado han sabido dar á esta obra una vida que por sí sola acaso no hubiera alcanzado, contribuyendo tambien notablemente al éxito la Sra. Dansant, y los Sres. Calvo, Casañer, Oltra, Romea (D. J.) y Caballero: tengo una verdadera satisfaccion en manifestar á todos mi agradecimiento.

Los públicos de Madrid, de Cádiz, de Valencia, de Alicante y de otras poblaciones de España, le han probado ya con sus entusiastas aplausos en cuanto estiman sus eminentes cualidades artísticas: yo aprovecho esta ocasion, amiga mia, para publicar lo que distintas veces le he dicho: que sólo me he sentido orgulloso de haber escrito este drama después que lo he visto desempeñado por usted.

José de Velilla y Rodriguez

Madrid 12 de Enero de 1873.

ADICION

AL CATÁLOGO DE 1.° DE OCTUBRE DE 1872.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
COMEDIAS Y DRAMAS.			
Contra ira... latigazos	1	Mota y Gonzalez	Todo.
Creer lo que no es	1	Carbou y Ferrer	»
El mártir de la duda	1	Rubí y Navarro	»
Haz bien sin mirar á quién	1	Rubí	»
La bola negra	1	Zapata	»
La fuerza de la razon	1	Rubí	»
Poesía lírica	1	Perales	»
Quiero ser hombre	1	Rubí (D. Tomás)	»
Quítese usted la ropa	1	Mota y Gonzalez	»
San Jorge por Aragon	1	Escamilla	»
Un desertor de París	1	Saquero	»
¡Vivan las economías!	1	Huici	»
Crisálida y mariposa	2	García Gutierrez	»
El príncipe Hámlet	3	Coello	»
La expulsion de los moriscos	3	Velilla	»
La fuente del olvido	3	Rubí (D. Tomás)	»
La razon de la fuerza	3	Retes y Echevarría	»
Segismundo	3	Retes y Echevarría	»
ZARZUELAS.			
En el espacio	1	Ruiz	M.
Entre dos fuegos	1	Saquero y Gisbert	L. y M.
La bola negra	1	Zapata	L
Los pájaros del amor	1	Navarro, Povedano y Reparaz	L. y M.
¡Ojo, artistas!	1	Barranco y Ruiz	L. y M.
El entrometido	2	Rubio (Mitad.)	M.
El conde y el condenado	3	García Gutierrez y Larra	L.
El rigor de las desdichas	3	Rubio (Mitad.)	M.
El tributo de las cien doncellas	3	Barbieri	M.
Sueños de oro	3	Barbieri	M.

Advertencia. Han dejado de pertenecer á esta *Administracion* las obras dramáticas de D. Jerónimo Moran, y las líricas de D. Benito de Monfort.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de la *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Leocadio Lopez*, calle del Cármen; de los *Sres. Medina* y *Navarro*, calle del Arenal, y de *Durán*, Carrera de San Jerónimo.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LIRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion*, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.